

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

GALERIA DE MUJERES CELEBRES.

COLECCION DE LEYENDAS BIOGRAFICAS
ESCRITA

POR LA SEÑORA

D.^a María del Pilar Simón de Marco.

Leyenda segunda.

JUANA D'ARC, LA DONCELLA DE ORLEANS.

¡Cuán grande y hermoso es el poder de la oración! ¡Cuánta santidad se siente con solo pensar en Dios! Cuando por todos nos vemos abandonados; cuando los hombres cierran su pecho á nuestros sufrimientos, cuando destruye la tormenta de la vida todas nuestras esperanzas, cuando nos encontramos solos con nuestras penas en medio de la vasta creación, entónces sentimos alivio con solo mirar á aquel que comprende nuestro dolor! El fué quien nos trajo á este mundo y en él solo puede encontrar refugio nuestra alma dolorida!

(ENRIQUE ZSCHOKKE.)

I.

El palacio de S. Pablo, residencia de los reyes de Francia, durante el azaroso reinado de Carlos VI, era uno de los mas sombríos edificios de París; no del París de ahora, hermoso, brillante y lleno de magníficas é iluminadas tiendas, de elegantes talleres y cruzado por anchurosas calles, sino del París del año de 1420 que era muy diferente del que conocemos.

Francia, dividida entonces en bandos políticos, estaba asolada por intestinas guerras: loco el rey hacia muchos años, cada uno de los príncipes de la sangre había arrancado un giron del manto real de Carlos VI, llamado el *Insensato*, y un florón de la

OCTUBRE.

corona que tan brillante y hermosa le dejara su padre el gran Carlos V.

En cuanto á la reina Isabel de Baviera, su esposa, pasada ya la eterna juventud que, gracias á su fatal hermosura, conservó para mal de la Francia, pensaba solo en perder y entregar á la ambiciosa Inglaterra aquella nacion hermosa que alfombró de laureles su camino, cuando, casi niña, vino al tálamo real de Carlos VI desde el pobre ducado que gobernaba su padre Estéban II.

Pero la cruel, la soberbia, la funestamente hermosa Isabel de Baviera tiene su lugar en esta galería, y no será aquí donde veamos su sombría figura.

Las cuatro de una tarde apacible de Mayo daban en el reloj del palacio real de S. Pablo, cuando el rey Carlos VI salió de su cámara para pasar al gran salon de audiencias.

Era el monarca un hombre de cincuenta y dos años, pero que habia llegado al último período de la decrepitud; de esa decrepitud idiota, llena de estupidez, y que extingue en el hombre la voluntad y hasta el conocimiento mismo de su ser.

¡Cosa extraña y terrible sin embargo!

Aquella frente, helada y surcada de arrugas, era ancha y elevada, y en días mejores habia lanzado rayos de inteligencia.

Sus ojos inmóviles eran aun rasgados y estaban llenos de dulzura; y en su boca hundida vagaba todavía una triste y melancólica sonrisa.

Vestía el rey una ropilla de terciopelo negro y liso, pues, por uno de los efectos de su enajenación mental, la vista de las flores de lis le producía tal furor que ponía en peligro su vida.

En una ocasión, y hallándose en su castillo de Creil, entró la reina en su cámara: segun la moda de aquel tiempo el vestido de Isabel estaba bordado de aquellas flores, signo de la magestad real: el rey, al fijar la vista en el dibujo del vestido, desenvainó la espada y desconociendo á la reina cerró contra ella y la hirió gravemente á pesar de amarla con la mayor pasión.

Para evitar, pues, la repetición de tan terribles accesos, las flores de lis se habian desterrado del trage del rey y hasta del sόlio y de las cortinas de su lecho.

Por encima de la ropilla y rodeándole el cuello

llevaba Carlos VI un grueso collar de oro, y sobre su traje un balandran de terciopelo rojo, forrado de pieles, pues, á pesar de lo avanzado de la estación temblaba de frío.

Su estatura que habia sido alta y gallarda estaba completamente encorvada, y su cabellera, célebre por su abundancia y por su hermoso matiz castaño, era escasa y estaba blanca y lacia.

Apoyábase el rey en el brazo de sire (1) de Guiac, que tendria su edad poco mas ó menos, pero que, por un doloroso contraste de la naturaleza ó por una amarga burla de la suerte, se hallaba en toda la fuerza y robustez de la edad viril.

Pedro de Guiac habia sido uno de los pocos hombres verdaderamente adictos á aquel rey infeliz: él le habia consolado en la muerte de sus dos amados hijos Luis y Juan; pérdidas que ni la hermosura de la princesa Catalina, su hija, ni el carácter valeroso y arrojado de su hijo el príncipe Carlos, ni aun sus amores con la bella y angelical Odetta de Champdivers pudieron hacerle olvidar.

Pedro de Guiac habia contenido tambien con mano fuerte los estravíos de Isabel de Baviera y á no haber aquella reina ambiciosa apelado á la astucia indudablemente hubiera sido arrojada del trono por el enérgico y severo sire de Guiac.

Habia, no obstante, momentos en que Carlos VI llamaba á los dos hijos que habia perdido; sobre todo á Juan, envenenado en Compiègne y muerto en el breve espacio de algunas horas.

Los escasos cabellos del rey iban sujetos con una caperuza de grana en la cual estaba prendida una pluma de garza real.

Signáale una numerosa comitiva formada de dos en dos personas á manera de procesion.

Iban en ella los duques de Borgoña y de Berry, tios del rey, sire de la Riviere, de Ile Adam, de Clisson y otros muchos señores, incluso el terrible condestable de Armañac.

Finalmente cerraban la comitiva algunos pages con lanzas y escudos y una fuerte escolta de los guardias del rey.

El paso de este era lento y desigual: casi se arastraba al impulso del brazo fuerte de sire de Guiac, pero de cuando en cuando se detenía, revolvía sus ojos estraviados y preguntaba con voz trémula.

—¿No se oye... la voz de Juan?

—Sin duda V. A. (2) padece una equivocacion, respondia con dulzura Pedro de Guiac.

Muchas veces, durante el tránsito de su cámara al salon de audiencias, repitió el rey la misma pregunta y obtuvo la misma contestacion; pero hubo una que se detuvo ya casi al término de su viage y exclamó escuchando con ansia:

—¡Oh, sí!... sí!... me llama... me llama el príncipe Juan!...

(1) *Sire ó messire*: señor ó monseñor en aquella época y equivalente á los mas elevados tratamientos.

(2) Ningun soberano tenia entonces otro tratamiento que el de *Alteza*.

—Es una ilusion de V. A. repuso con la misma blandura sire de Guiac, acostumbrado á la demencia del rey.

Este echó á andar de nuevo y entró con su comitiva en la sala de audiencias.

II.

Carlos VI subió con gran trabajo los escalones del solio y luego se dejó caer en el sillón colocado debajo del dosel como abrumado de fatiga.

Pedro de Guiac se colocó á su lado con la espada desenvainada.

Al otro lado se situó Enguerrand de Thierry, gran senescal, tambien con la espada en la mano y los demás nobles y grandes tomaron sitio segun su categoria.

A la izquierda del solio y en dos sillones se sentaron los duques de Borgoña y de Berry.

El gran canceller se dirigió á una mesa que se veía en el centro del salon, colocó sobre ella una caja de oro que contenia el sello real, y luego cruzándose de brazos esperó sin apartar sus ojos de la preciosa caja.

No bien habia ocupado cada uno el sitio que le correspondia se oyeron clarines y entraron seis heraldos ingleses precediendo á cuatro nobles de la misma nacion.

El de mas de edad se adelantó; puso una rodilla en tierra y presentó al rey un pergamino enrollado y sellado con las armas de Inglaterra.

—Señor, dijo con un tono que revelaba una profunda y humillante ironía: soy enviado por mi rey y señor, Erique V de Inglaterra, para poner en las manos de V. A. el tratado de Troyes.

El rey nada respondió; y el enviado se puso en pié y prosiguió hablando de esta suerte con el acento monótono de la fórmula.

—En el presente tratado concede V. A. la mano de su hija la princesa Catalina al rey, mi señor, y estipula además que despues de su muerte pasará la corona de Francia á los reyes de Inglaterra.

El enviado, habiendo acabado de esponer su mision, se dirigió á la mesa en que se apoyaba el gran canceller y volviéndose de espaldas sin el mas leve respeto hacia la pálida fantasma que ocupaba el solio, estendió el pergamino que contenia el tratado sobre el tapete de terciopelo [carmesí, bordado de oro.

—¡Oh, mengua! exclamó el severo de Guiac con voz sofocada por la cólera y en tanto que los duques de Borgoña y de Berry sonreían con aire de triunfo.

—¡Infame tratado! dijeron por lo bajo algunos otros señores.

—La reina ha cumplido su palabra, dijo Juan de Borgoña al duque de Berry: no podemos quejarnos de ella.

—¡Y el delfín que no llega! exclamó Clisson.

Entretanto, el gran canceller, vendido á los ingleses, y comprado por la reina Isabel se acercó al rey con la caja del sello abierta.

Carlos tomó su sello y lo acercó al sitio que le

señalaba el dedo del canciller; pero no bien lo había fijado sobre el papel se oyó un gran rumor de armas y voces y un joven de encantadora figura se precipitó en el salón.

Era el delfín.

Tenia apenas diez y ocho años y Dios había reunido en él la voluptuosa hermosura de su madre Isabel y la noble belleza que había atesorado el infortunado Carlos VI.

Vestia un traje completo de seda azul, bordado de estrellas de plata, pero cubierto de polvo y ajado como si viniese de hacer un largo viaje.

Así era, en efecto. El delfín Carlos había logrado á viva fuerza y ayudado de algunos parciales evadirse del castillo en que, por orden de su ambiciosa y desnaturalizada madre, vivía encerrado cuatro años hacía.

En su prisa por subir á ver á su padre había dejado en manos de sus escuderos su caperuza y su capotillo y llevaba solo la túnica celeste ceñida con un cinturón de oro tachonado de diamantes.

Sin reparar en los embajadores ingleses, corrió hacia el trono y se dejó caer de rodillas á sus pies.

—¡Señor y padre mío!... exclamó en voz jadeante: vedme aquí... soy Carlos, el delfín... vuestro hijo!...

—No me... llama Juan?... preguntó el rey apartando el sello del tratado.

La firma estaba muy poco indicada; mas el embajador inglés tomó el pergamino, le enrolló y le conservó en la mano.

—Padre! Padre! exclamó el delfín, á cuyos grandes ojos negros asomaron lágrimas de rabioso dolor. ¡Padre, no me desheredes!... No des tu corona y la mía á esa nación maldita y enemiga!... No concedas la mano de mi hermana á ese rey traidor!...

—¡La corona!... repitió el rey con idiota sonrisa: ¡la corona!... ¡golvidas que la lleva ya tu hermano Juan?

—Mi hermano ha muerto!... y mi madre, que le quitó la vida, me quita hoy la corona!... exclamó el delfín retorciendo sus manos con dolor convulsivo.

—Entonces... aun me queda tu hermano Luis... y tus hermanas Micaela y Catalina... y la corona será para cualquiera de los tres!...

—La corona es mía! gritó Carlos con desesperación.

—Tuya! repitió el rey: tuya! ¿Acaso eres tú mi hijo?... No!... tú naciste en una época en que Isabel no me amaba ya!... No... tú no eres mi hijo!... Oh! oh! Mi hijo! No! tú te pareces al caballero de Bouillon, que murió... de hambre!... De hambre... ¿lo oyes? ¡Murió de hambre en los calabozos del Chatelet!...

—¡Ah! Me quitais la corona porque no soy vuestro hijo! exclamó el delfín, y la mujer que dicen me ha llevado en su seno me la quita también para darla á la Inglaterra!... ¿De quién soy hijo, pues?

—¡De Dios! respondió con voz solemne Pedro de Guaiac. Dios es el padre de todos, monseñor! Dejad ir á esos traidores con el infame tratado de

Troyes: ya se le arrancarán nuestras espadas en la guerra; y el sello ininteligible del rey Carlos VI será reemplazado por el sello de su sangre!

Los ingleses no dieron muestras de oír estas palabras; y el delfín, después de echar sobre su padre una mirada de dolorosa lástima, desenvainó la espada y gritó:

—¡Guerra á los ingleses!

—¡Guerra! repitieron todos los nobles.

El delfín salió seguido de todos los señores, que rodeaban á su padre, á cuyo lado solo quedaron el gran senescal y Pedro de Guaiac.

III.

Nueve años después y al anochecer de un hermoso día de primavera, una joven campesina, que guiaba algunas cabras, se encaminaba al pueblecito de Domremy, situado entre Neufcateau y Vaucouleurs, en la ribera del Mosa que separa la Champaña de la Lorena.

Durante los nueve años transcurridos desde que empezó esta historia había muerto el rey Carlos VI, sin volver á recobrar su razón lúcida ni por un solo instante.

La reina, encerrada por orden de su esposo en el castillo de Tours á causa de sus desórdenes, logró recobrar su libertad con la ayuda del duque de Borgoña, ciegamente apasionado de ella desde muchos años antes; pero el asesinato del duque privó á Isabel, no solo de su último apoyo, si no también de su último amante, pues contaba ya cincuenta y ocho años y la Francia entera la miraba con horror.

Por lo que toca al delfín, durante aquellos nueve años había sostenido una guerra encarnizada con los ingleses, que, en vez de ir desocupando el reino, cada día le invadían con más osadía y vejaciones.

Tres meses antes de espirar Carlos VI había muerto también su yerno Enrique V: este ordenó que su hermano el duque de Bedford gobernase el reino durante la menor edad de Enrique VI; y cuando falleció Carlos, el duque, tío y tutor del joven monarca inglés hizo proclamarle, por medio de heraldos *Enrique de Lancaster, rey de Francia y de Inglaterra*.

Pero ya es necesario que volvamos á ocuparnos de la pastora que conducía sus cabras por el camino de la pequeña aldea de Domremy.

Caminaba despacio y en ademán triste y preocupado.

Parecía contar diez y ocho años, y su estatura era alta y vigorosa; pero esbelta y llena de armonía en sus proporciones.

Tenia la tez morena y negros los cabellos, los ojos, las ricas cejas y las largas pestañas.

Su traje era el de las campesinas de la Champaña: una basquiña de lana corta, un corpiño de lo mismo, y una toca de lino que cubría á medias su abundante y lustrosa cabellera.

Afortunadamente las cabras sabían bien el camino del establo, y se dirigieron á él sin que la joven saliese de su distracción.

A pesar de todo, ésta llegó también á la puerta

de la morada paterna, que era una cabaña de miserables proporciones, pero en la cual brillaba el aseo mas escrupuloso: penetró en el patio é iba á encerrar las cabras en el establo, cuando salió un gallardo mozo de la cocina:

—Ah, Juana! exclamó tomando una mano de la jóven.

—Qué sucede? preguntó Juana como saliendo de un sueño profundo.

—Padre está furioso.

—Por qué?

—Ya sabes que te tiene encargado que antes de que salga la luna estés en casa.

—Y ha salido ya? preguntó cándidamente Juana alzando los ojos al cielo.

—Hace dos horas, hermana mia; pero vamos, vamos, que están cenando ya.

Juana encerró á sus cabras y entró en la cocina.

Hallábanse en ella su padre Santiago d' Arc, su madre Isabel Romée y su abuela, sentados en derredor de una mesa de encina.

Además de estas tres personas estaba allí tambien su hermano segundo, bueno y excelente muchacho y que contaba dos años menos que el que habia salido á prevenirla del enojo de su padre.

—Dios os guarde, padres mios, dijo Juana al entrar en la cocina con voz apacible y que no revelaba el mas leve temor. Buenas noches, mi querida abuela, buenas noches, hermanos.

Santiago fijó en su hija una mirada iracunda: era tan grande su cólera que no sabia como darle salida.

La cariñosa madre y la anciana abuela bajaron la cabeza con temor.

En cuanto á Juana sostuvo la mirada de su padre sin osadía, pero con serenidad.

—Si otro dia vienes tan tarde, te castigaré severamente, vagabunda! gritó Santiago lleno de enojo.

Juana no respondió; pero en vez de acercarse á la mesa y ocupar su sitio para cenar, se sentó humildemente en un banquillo de madera.

—¿Por qué no vienes, hija mia? preguntó Isabel volviéndose hácia Juana.

—Dejadme, madre mia, que lamente el haber ofendido á mi padre! respondió la jóven con una sencillez llena de candor, en tanto que dos gruesas lágrimas rodaban por sus hermosas mejillas.

Isabel miró suplicante á su marido y le mostró el llanto de su hija con un ademan mudo y elocuente.

—No soy yo de bronce! murmuró el buen padre enternecido: al verla llorar, el corazon se me parte en mil pedazos: mas ¿por qué no es tan obediente como humilde y tierna? Oh! entonces yo la amaria lo mismo que á sus hermanos; es decir, con todo mi corazon!

—Hija mia, padre te manda que vengas á cenar; dijo la abuela con acento cariñoso.

Juana se levantó; se acercó á su padre, tomó su mano y la besó con infinito amor.

—Vaya! siéntate aquí, á mi lado, dijo Santiago: y si quieres que cene, dame palabra de no desobedecerme mas.

—Padre, dijo Juana con nobleza: voy á deciros

la verdad, y vereis como, si os desobedececo alguna vez, no es por un efecto de mi voluntad, sino porque otra voluntad divina lo quiere así.

Santiago, Isabel, la abuela, y hasta los hermanos, abrieron los ojos con asombro.

—Sí! prosiguió Juana: padre mio, amo apasionadamente la oracion; y la amo tanto mas, porque durante las horas de mis rezos se me aparecen celestes visiones!

—Se habrá vuelto loca? exclamó Santiago mirando con terror á su esposa.

—No, padre mio; contestó Juana con la apacible calma que no la abandonaba jamás: no, gozo de toda mi razon; pero cuando me voy á orar al bosquecillo mas cercano; cuando me prosterno entre los árboles, se me aparece el Señor de cielo y tierra, me enseña un estandarte blanco que ondea en los aires y me dice:

“Tú libertarás á la Francia!”

—Eh! gritó Santiago iracundo: esas son vanidades culpables y sueños locos: yo llamaré al hijo del vecino Mateo para que lleve á pacer nuestras cabras, y tú te quedarás en casa haciendo queso é hilando con tu madre y tu abuela.

—Sea como queráis, padre mio; repuso Juana con humildad: haré aquello que sea de vuestro agrado; mas, sin embargo, debo advertiros una cosa.

—Cuál? preguntó Santiago.

—Que si me obligais á no ir al bosque!...

—Qué? interrumpió el aldeano, al ver que su hija se detenía.

—Que me moriré.

Juana dijo estas palabras sin afectacion y con la mayor sencillez.

Sus padres, su abuela y sus hermanos se estrecharon á oirla, y nada supieron que responder.

—Sí, prosiguió la doncella, en cuyo acento se notó entonces un profundo abatimiento: sí, padre; me moriré. Y como no he cumplido con la mision que Dios me tiene encomendada, no entraré en su reino de gloria!

Al pronunciar estas palabras levantó la jóven sus hermosos ojos al cielo, y en su mirada brilló tal inspiracion y una luz tan celestial, que su familia se quedó muda y extática contemplándola arrobada de admiracion.

Su madre y su abuela sintieron en el fondo del alma como una luz estraña que las iluminaba, y su instinto maternal les avisó que tenian delante á un ser sobrenatural.

No así los hermanos; la percepcion del hombre no es tan esquisita como la de la mujer, y Nicolás, el mayor, pasado el primer momento de sorpresa dijo:

—Hermana mia, ¿no valia mas que te casaras con Antonio, el pastor que tanto te ama y que vivieras en paz como nuestra buena madre?

—Yo no amo á Antonio, contestó Juana: yo no amo mas que á Dios y....

Juana se detuvo.

—Y á quién? interrogó Nicolás.

—Y á la Francia! respondió Juana bajando la cabeza con tanto rubor y confusion, que fácilmente

se conocía que callaba algún deseo oculto con cuidado en el fondo de su inocente pecho.

Su familia no comprendió, sin embargo, lo que pasaba en el alma de la doncella: no obstante, avisada su madre por el delicado instinto de su amor, se inclinó hacia el oído de su esposo y le dijo á media voz:

—Santiago, el corazón me dice que Dios destina á nuestra hija para alguna cosa extraordinaria.

Santiago no contestó, y Juana continuó como hablando consigo misma:

—Hoy, hoy he tenido una vision mas bella, mas luminosa que ninguna de las anteriores!

—¿Qué has visto, hija mía? preguntó con curiosidad la abuela.

—He visto á Dios!... Sí, á Dios mismo, cercado de luz, orlado de magestad y escoltado por ángeles, que ha aparecido en medio de una nube y entre los árboles del bosque: yo oraba en voz alta, y los pastores del valle se detenían, se reían al verme y me llamaban *visionaria*! Pero habló el Señor y todos huyeron despavoridos, y yo quedé sola con Jehová.

—Y qué te dijo? interrogó Santiago interesado á su pesar.

—Me dijo estas palabras: "Juana, hija mía muy amada; vé mañana al rayar el alba á Vaucouleurs y busca á Beaudricourt, el gobernador de la plaza: una vez en su presencia, dile así con toda dulzura y humildad:—Si queréis darme una buena escolta, yo libtaré á la Francia; iré á buscar á Carlos VII y le conduciré á Reims, donde será ungido."—Esto dijo el Señor y luego desapareció.

—¿Y quieres ir á Vaucouleurs? tornó á preguntar Santiago.

—Yo no quiero, señor y padre mio, mas que lo que vos ordeneis, respondió Juana con aquella dulzura angelical que parecia haber recibido del cielo.

—¿Y si me opongo á que vayas? preguntó de nuevo su padre.

—¡Entonces, padre mio, me moriré!

—¡Parte al alba! dijo Santiago doblando la cabeza con abatimiento.

—Padre, ¡valor! dijeron sus hijos, nosotros acompañaremos á Juana.

—Si he de ir, ha de ser sola, respondió esta con firmeza: quedaos vosotros con padres y abuela y rogad todos por mí!

—¿Qué temes? le preguntó su madre tomándole una mano y al ver correr dos lágrimas por las mejillas de Juana.

—¡Madre! contestó ésta: á tí sola lo digo, porque eres una santa: las dos veces que me ha hablado el Señor me ha mostrado al despedirse una corona de espinas! Pero no reveles esto á padre ni á mis hermanos!... no me dejarían ir, porque los hombres tienen valor, mas solo las mujeres tenemos una fé ciega y grande!

IV.

Apenas la aurora doraba con su luz primera el brillante y puro cielo de la Champaña, cuando Juana

na despertó de un sueño, pacífico y tranquilo como el de un niño.

Levantóse quedito; abrió su arcon de encina, y sacó un vestido nuevo de lana y una cofia, blanca como la nieve y adornada de una cinta negra.

Vistióse sin causar el mas leve ruido pues su alcoba estaba inmediata á la habitacion de su abuela y no queria despertarla; pero, cuando salió de su estrecho aposento, su maravilla fué grande al hallarla vestida y rezando su rosario de rodillas.

La jóven abrazó á la buena anciana y salió con ella en busca de sus padres.

Tampoco se habían acostado.

Santiago, sentado junto á la mesa en que habia cenado, tenia la cabeza apoyada en la palma de la mano y su madre lloraba ahogando con trabajo los sollozos.

—Si os aflijís así, no partiré, padres míos, dijo Juana. Dios ha dicho que el hijo, que haga derramar á sus padres una lágrima, será maldito; y mi deber es conservar vuestra alegría.

—Juana, dijo Santiago estrechando sus manos, vete y... ¡bendita seas! toma, hija mía, tu báculo de pastora y el Señor vaya contigo. Tú, el modelo de las hijas, la doncella mas pura, modesta y cariñosa de nuestra aldea, tú, la bienhechora de los pobres, el consuelo de los afligidos, no puedes engañarnos! Lloramos, porque... eres nuestra hija y quizás esa senda, á que Dios te llama, es muy peligrosa. ¡Pero no es delito llorar, hija mía, y el Señor nos ha dejado abiertos los manantiales del llanto para que podamos soportar las penas mas amargas!... ¡Parte, hija mía, y bendita seas!

Juana tomó el báculo que su padre le ofrecia: abrazó á éste tiernamente lo mismo que á su abuela, madre y hermanos y salió sin apresuracion y sin congoja, tan serena y grave como si llevase delante á sus mansas y juguetonas cabras.

Llevaba, sin embargo, un compañero.

Era Ralf, un mastin de raza de lobo y que no obstante defendia valerosa é ingratamente el ganado de los ataques frecuentes de sus crueles progenitores.

Ralf no habia querido dejar de ser aquel dia el compañero de Juana y la siguió con su paso lento, silencioso y mesurado.

No bien la jóven y su perro hubieron desaparecido en un recodo del camino se acercó Isabel á su marido.

—Si quisieras creerme, le dijo seguiríamos á nuestra hija.

—Para qué? preguntó Santiago con abatimiento: ¿no has oído que quiere ir sola?

—Sola irá: pero nosotros podemos caminar á alguna distancia por si le ocurre alguna cosa.

—Vá con ella Ralf.

—Y qué, Santiago! ¡teniendo padres, dejaremos encomendada su custodia á un perro! exclamó con amargura aquella madre ejemplar: yo no quiero incomodarla, añadió: demasiado sé que su destino en la tierra es tan grande que no podemos nosotros comprenderlo!... No, no quiero que nos vea! Mas quiero seguirla aunque sea de lejos.... y si tú no

te decides á acompañarme, me iré yo con uno de nuestros hijos!

—Iré contigo, dijo Santiago levantándose.

—Pues pongamos en tu zurrón algunas provisiones: en medio de nuestra pena nada dimos á Juana para el camino, que es largo, y ella no se acordó tampoco.... pero á la vuelta nos encontrará y comerá con apetito.

Y esto diciendo, colocó Isabel en el zurrón de su marido un pedazo de venado, otro de queso, y un pan grande y moreno.

Después salió con Santiago.

Poco tardaron ámbos en ver á Juana, aunque á alguna distancia.

Caminaba apoyada en su báculo y seguida de su perro con aquella calma y tranquilidad propias solo de quien va á cumplir un deber sagrado y halagüeño al mismo tiempo.

Alguna vez pasaba un pastor ó un campesino por su lado y la saludaba afectuosamente con un *Dios os guarde, doncella*.

A lo que Juana respondía con su voz, grave y dulce á la par:

—Él os acompañe.

Una vez se halló con algunos soldados del gobernador, que bajaban de Vaucouleurs: maravillados de la belleza de aquella jóven que caminaba sin mas compañía que su perro, la empezaron á requerebrar; pero ella, como si no hubiera escuchado ninguna de sus palabras, les preguntó con serenidad.

—Señores soldados, decidme por favor ¿hallaré en su palacio al señor capitán Beaudricourt?

—¿Al gobernador? repuso uno con maliciosa sonrisa.

—Sí, al gobernador.

—Allí está, hermosa niña; pero te advierto que no le gustan las hembras y que tiene malísimo genio.

—Os agradezco la merced que me habeis hecho en responderme, dijo Juana con tranquilidad; quedad con Dios.

—¿Qué extraña criatura! exclamó el soldado que habia sostenido con Juana el diálogo anterior al pasar junto á Santiago é Isabel.

—¡Ah! Esa debe ser la visionaria; dijo otro.

—Visionaria ó no, la aclamo por la mas encantadora criatura que he visto en mi vida, contestó su compañero.

Los soldados prosiguieron su camino, no atreviéndose, á pesar de su cinismo, á molestar mas á Juana, que marchaba adelante seguida á lo lejos por sus padres.

Ya era cerca de medio día cuando llegaron á la ciudad.

Juana no habia estado nunca en ella: criada en los campos como una flor silvestre y nutrida solo con las brisas y el rocío del cielo, no habia conocido mas que su cabaña, su valle y el bosque de pinos, teatro sagrado y querido para ella de sus éxtasis y visiones.

(Se continuará.)

UN VIAJE REDONDO.

(CONTINUACION).

Tal era su impaciencia por hallarse frente á frente de la veleidosa beldad, que tan fácil de conquistar les habian presentado en Asturias los celosos agentes del armador y algunos amigos oficiosos de sus familias, que se les figuraban siglos las horas que tardaban en saltar á tierra.

Aprovechando el *Pelayo* el relente de la mañana y la marea, metió á bordo el ancla á la salida del sol, desplegó de nuevo sus velas y cruzó casi en popa la bahía.

El puerto de la Habana, uno de los mas hermosos, seguros, capaces y concurridos del mundo, estaba cubierto de buques que ostentaban las banderas nacionales de todos los estados conocidos, y que acudían á cargar el aromático tabaco, el azúcar, la miel, el aguardiente de caña, el café, la cera, la canela, y las hermosas maderas de construcción y ebanistería, después de haber provisto los almacenes de la ciudad de los productos naturales y de los artefactos de sus respectivas naciones.

La bahía presentaba entonces una animación extraordinaria, un movimiento que ningun otro pueblo comercial ha llegado á alcanzar; y ante el magnífico y sorprendente espectáculo que se presentaba á su vista, los pasajeros del *Pelayo* la atravesaron en toda su extensión sin apercibirse de ello, hasta que el bergantín cargó sus velas y atracó á uno de los muelles.

Media hora después todos se hallaban sobre cubierta, aseados y vestidos con las mejores prendas que tenían en sus equipajes, y dispuestos á saltar á tierra.

Sus familias se habian esmerado en proveerlos, dentro de lo que sus facultades lo permitian, y algunas á costa de grandes sacrificios, de ropas nuevas, tanto exteriores como interiores, hechas al estilo del país y muy propias para el clima que habian abandonado, y que los calores y demás accidentes atmosféricos de la isla de Cuba les pondrían en el caso de dejarlas sin usar, sustituyéndolas con otras mas adecuadas al clima en que iban á vivir desde entonces y mas propias para la clase de trabajo á que tendrían que dedicarse. Los sacrificios hechos al efecto por sus padres eran por lo mismo sacrificios perdidos ó que les aprovechaban poco.

Nunca el capitán y la tripulación del buque habian estado con ellos tan afables y complacientes como lo estaban aquel día; los ranchos eran variados y abundantes desde que habian descubierto las costas americanas; la ración de galleta se habia aumentado, no faltaba el vino ni un solo día, y hasta se habia echado mano de las pipas de reserva para darles agua menos corrompida que la que habian bebido hasta entonces.

Los niños se olvidan pronto del pasado para no pensar mas que en el presente, y los capitanes de los buques dedicados al pasaje entre ambos hemisferios conocen demasiado esta cualidad inherente

á los pocos años para que dejen de abusar de ella, cuidando de borrar, en cuatro dias de solicitud y de agasajo, la impresion que hayan podido producir en sus pasajeros mes y medio de mal trato.

Por este medio consiguen los armadores que no se produzcan quejas, y no es extraño que los buques sigan ofreciendo aun las pocas comodidades y el mal servicio que hallaron en el *Pelayo* los 140 pasajeros de proa que condujo desde Gijon á la Habana.

Aquel mismo dia saltaron á tierra unos veinte de aquellos niños que contaban en la ciudad con parientes ú otras personas interesadas en su colocacion y que fueron á buscarles al mismo buque.

Habia entre los que quedaban á bordo un número próximamente igual, provistos de buenas cartas de recomendacion que se apresuraron á entregar.

Algunos de estos niños hallaron desde luego muy buena acogida por parte de las personas á quienes iban recomendados, que los admitieron en sus tiendas ó le proporcionaron colocacion entre sus relaciones si no pertenecian al comercio; los restantes regresaron al buque, tristes y cabizbajos, porque ni aun una remota esperanza de acomodo les habian dejado entrever sus recomendados, habiéndoles recibido además con una frialdad y una indiferencia extremadas.

Habia tambien otras, entre aquellas criaturas, que fiadas en parientes y recomendaciones que traian para comerciantes establecidos en Matanzas, Cienfuegos, Trinidad, Santiago y algunas otras poblaciones del litoral ó del interior, mas ó menos distantes de la capital; y figurándose sin duda que la isla de Cuba podia recorrerse del uno al otro confin en medio dia, esperaban que llegasen al buque aquella misma tarde sus protectores, sin calcular los infelices que antes que tuviesen noticias del arribo del bergantin á la Habana y pasasen á recogerlos, caso de que lo hiciesen, debian pasarse algunos dias.

Aquellos á quienes la prevision de sus familias habia provisto de recursos para esperar en la ciudad algunos dias, ó para trasladarse con mayores ó menores comodidades á los pueblos ó haciendas á que debian dirigirse, lo pasaron menos mal y consiguieron su objeto; pero los mas carecian de medios para vivir cuatro dias, y se vieron abandonados y en la situacion mas angustiosa. Algunos fueron recogidos pocos dias despues por las personas en quienes confiaban, ó por amigos y corresponsales á quienes dieron este encargo por no abandonar sus casas y sus negocios.

Peró la mayor parte de los niños que el bergantin habia conducido, fiados en las halagüeñas promesas de los agentes del armador, y contando, por lo mismo, con que serian ventajosamente colocados á las pocas horas de su llegada, no habian llevado cartas de recomendacion ni recursos, y se hallaban casi en su totalidad sin dinero con que cubrir sus necesidades mas urgentes, ni aun por un par de dias, á no vender sus modestos equipajes,

cuyas prendas tenian allí poco ó ningun valor por ser impropias del clima.

Estos infelices vieron pasar aquel dia, y otros, y otros, sin que nadie se presentase á buscarlos, sin que las tantas veces ofrecida colocacion se presentase. El capitan del buque, á quien con este motivo interpeaban, se reia de sus quejas y hasta los despedia á chicotazos si le molestaban con insistencia, haciendo así mas angustiosa su triste situacion.

El primer dia, y aun el segundo, se les dió á bordo el mismo trato que durante el viaje, aunque suprimiendo el vino por completo, con motivo, segun la tripulacion les aseguraba, de ser muy perjudicial para el calor. Al tercero se les privó del rancho de la mañana, y se les intimó la orden de buscar quien los mantuviese desde el siguiente dia, porque el *Pelayo* no podia soportar ya tanto gasto, y hacia de mas con permitirles que se recogiesen al sollado durante algunas noches.

Al pagar en Gijon su pasaje les habian ofrecido, no una sino repetidas veces, tenerlos á bordo y mantenerlos hasta que hallasen colocacion; y con esta seguridad para qué llevar dinero, cuando la mayor parte de sus familias eran pobres y hacian sacrificios superiores á sus escasos recursos para pagarles el pasaje y habilitarles de ropa?

Ante la realidad, que tan desconsoladora se les presentaba, fueron desapareciendo rápidamente las dulces ilusiones que alimentara su fantasía. Faltos de manjares nutritivos, abrasados por las fuerzas de los rayos solares que recibian casi á plomo un dia tras otro en la estacion mas calorosa del año, desfallecidos sus débiles espíritus por la intensidad de la tristeza que los dominaba al verse abandonados y sin recursos léjos de sus familias, en un pais tan remoto, y sin la menor esperanza para el porvenir, abandonaban los desgraciados su oscuro y reducido dormitorio con la aurora, y se extendia en grupos por el muelle, y por las calles y plazuelas inmediatas, en particular por la calle de la Muralla, plaza del Vapor y calzada del Monte, alimentándose de frutas; y algunos de ellos tan extenuados por las privaciones, que mas que seres vivientes parecian espectros salidos de la tumba.

Desde el mas pobre bodegon hasta la tienda mas lujosa, no quedaba en la Habana establecimiento alguno en que no entrasen á pedir colocacion, y varios de ellos, bien porque daban muestra de tener disposicion ó inteligencia, bien porque llegasen en ocasion oportuna, ó bien porque llegasen á excitar en mas alto grado que sus compañeros la compasion de las personas á quienes se dirigian, consiguieron por este medio, si no colocarse bien por de pronto, salir al menos de la angustiosa situacion en que se encontraban, hallando una cama y una racion bastante á mantenerlos en cambio de un trabajo mas ó meno penoso.

Eran pocos sin embargo los que alcanzaban esta dicha, y se comprende fácilmente el por qué.

La mayor parte de los niños que pasan de España á las colonias deseosos de hacer fortuna, carecen por lo general de instruccion; algunos no han aprendido á leer y menos á escribir; pocos hay que se-

pan hacerlo con soltura ó que posean la forma de letra y la agilidad que en el comercio se requiere; son menos aun los que adquieren conocimientos de aritmética y contabilidad mercantil, y apenas va uno que conozca medianamente alguna de las lenguas vivas de Europa, ni se haya dedicado á aprender un arte ni un oficio cualquiera con que ganarse la vida. Muchos dejan el arado al tomar el camino del puerto; los mas salen de la escuela de instruccion primaria para embarcarse, y no faltan algunos que llegan á la isla de Cuba con grandes esperanzas y no conocen las letras del alfabeto.

¿Cómo es posible que encuentren allí colocacion, á no tener personas que se interesen muy de veras en su suerte, niños ó jóvenes de poca edad que no sirven sino para dedicarse por de pronto á trabajos mecánicos que solo exijan una fuerza material, mejor ó peor empleada, y que ni para este caso cuentan con el desarrollo ni la robustez conveniente?

La fatal creencia que abrigan nuestros pueblos del litoral y aun del interior, de que basta pisar el territorio americano para hacer fortuna, y la conviccion que abrigan las gentes ignorantes sobre lo inútiles que son la ciencia y el saber para enriquecerse, han causado, están causando y seguirán causando desgraciadamente por muchos años aún víctimas sin cuento.

Las personas que arrastradas por un interés mezquino contribuyen á mantener viva la primera, son unos verdaderos criminales contra los cuales se pronunciarían los hombres honrados, poniendo de manifiesto las artes de se valen para conseguir su objeto, y neutralizando, por cuantos medios pudieran haber á las manos, el influjo de sus trabajos, si examinaran una sola vez el cuadro desgarrador que presentan los centenares de jóvenes y niños que pululan por las calles de la Habana, muertos de hambre y cubiertos de miseria á los pocos dias de haber arribado al puerto.

Y gracias que los habitantes de nuestras Antillas poseen en muy alto grado la virtud de la caridad y de la filantropía, porque si se viesen en un pais menos hospitalario, la mayor parte de aquellas tiernas é infelices criaturas sucumbirían víctimas de la crueldad de su suerte, á impulsos de los rigores del clima y de las terribles privaciones porque se ven obligados á pasar.

A los cuatro ó cinco dias de haber atracado al muelle el bergantin *Pelayo*, se presentaron á bordo algunos hacendados de las inmediaciones de la Habana para escoger entre los pasajeros desacomodados los que mejor podían servirles para los trabajos de sus posesiones, y se colocaron por este medio hasta unos veinte de aquellos desgraciados.

Desesperados ya de obtener colocacion en los establecimientos de la ciudad, acojieron con júbilo las proposiciones que los hacendados les ofrecían. Los mas ágiles y robustos entraron ganando de tres á cuatro pesos al mes; pero los restantes se comprometieron á servir por solo la comida y la ropa durante un tiempo determinado, que no bajaba de dos ó tres años.

Las faenas á que debían entregarse en el campo eran penosas y violentas, mucho mas para jóvenes apenas formados aún y criados en un clima templado, tan distinto del clima en que acababan de entrar.

De modo que aún suponiendo que sus amos fuesen personas de buena conciencia y amasen á sus semejantes, como lo hacen por lo general los hacendados de nuestras colonias; aún cuando los tratasen y alimentasen regularmente y no explotasen sus fuerzas obligándolos á trabajar mas de lo que de ellos podia exigirse razonablemente sin menoscabo de su salud; su situacion era muy inferior á la que tendrían en España al lado de sus familias.

Pero entre la miseria que veían á todas horas delante de sus ojos, entre la carencia absoluta de medios de subsistencia, entre recorrer andrajosos y hambrientos las calles y plazas de la ciudad implorando la caridad pública, y una colocacion en que se les ofrecía alimento y cama en que descansar de sus fatigas, la eleccion no era por cierto muy dudosa, y no se necesitaron grandes esfuerzos para decidirlos.

Al par que los hacendados, se presentaron también á bordo y sobre el muelle con el mismo objeto algunos dueños de tabaquerías, que son menos escrupulosos que los primeros tocante á la robustez de los pasajeros que escogen, y que les obligan á comprometerse, por medio de contratos formales, á servir en sus establecimientos durante cuatro años por solo la comida y la ropa, reducida esta última á una camisa y un pantalon de dril listado. Los niños que tienen buena disposicion y pueden soportar la clase de trabajos á que se les somete, aprenden durante el tiempo de su empeño el oficio de cigarrero, con el cual se ganan despues la vida mas independientemente, aunque no con gran desahogo.

Quizás la esperanza de encontrar una colocacion mas ventajosa habria retraido en los primeros dias á los pasajeros del *Pelayo* de admitir proposiciones tan poco conformes con el porvenir brillante que les habian hecho entrever; pero para efectuar estos tratos se espera siempre á que pasen algun tiempo desembarcados, á que apuren hasta las heces la copa del sufrimiento y del desengaño, á que se persuadan en fin de que no hay para ellos otro recurso y admitan como un beneficio lo que pasados algunos meses, algunas semanas, algunos dias quizás, viene á causar su temprana muerte ó el aniquilamiento de sus fuerzas, débiles ya entonces.

Ocho dias hacia que el bergantin habia dado fondo en el puerto de la Habana, y ya se habian colocado, aunque á duras penas y del modo que acabamos de ver, las tres cuartas partes próximamente de los pasajeros que habia conducido á su bordo; pero quedaban aun unos treinta, que menos aptos y robustos que sus camradas, ó quizás menos afortunados, no habian encontrado quienes quisiesen admitir sus servicios, ni aun por la comida.

Los escasos recursos de que les habian provisto sus familias se fueron agotando por completo; las prendas todas de sus reducidos equipajes pasaron

una tras otra á manos extrañas por la vigésima parte y aun menos de su valor, para atender con su importe á la mas apremiante de las necesidades á que la humanidad se halla sometida; el buque, puesto á la carga el sexto dia de su llegada, habia concluido por negarles el auxilio nocturno que les ponía á cubierto de la intemperie, y se hallaron por fin los infelices en medio de aquella populosa ciudad sin el menor conocimiento, sin medios para comprar un pedazo de pan, sin un asilo en que pasar la noche, sucias y degarradas las pocas prendas de ropa que cubrian sus carnes, y en un estado en fin el mas lastimoso que imaginarse puede.

Aquellas criaturas sin ventura recorrían á todas horas la poblacion expuestas á los abrasadores rayos del sol ó á las influencias del relente nocturno, tanto ó mas perjudiciales que aquellos; se acercaban á las fondas, á las bodegas y á los bodegones ofreciéndose á fregar los platos, á limpiar las vajijas y á barrer los establecimientos porque les diesen un miserable alimento y les permitiesen pasar la noche á cubierto de la intemperie.

Los dependientes de las tiendas, algunos de los cuales se habrian hallado quizás en la misma situacion que aquellos infelices, les daban algunas limosnas, partian á menudo con ellos sus comidas, y hasta les permitian dormir en el establecimiento cuando los hallaban á deshora tendidos en las calles.

Y así se fueron pasando dias y dias, viviendo á expensas de la caridad pública, sin que su triste suerte mejorase en lo mas mínimo.

La mayor parte de aquellos infelices, no siendo bastante fuertes para sufrir con resignacion todo el peso de su infortunio, yacian al cabo de dos semanas en los lechos de un hospital, y algunos bajaron al sepulcro, sin otra enfermedad que su miseria y una pasion de ánimo que les era imposible dominar.

Los que de entre ellos tuvieron robustez bastante para soportar las privaciones de todo género á que se veian expuestos y para sobreponerse á los rigores del clima, se fueron por fin acomodando en las bodegas y bodegones por un miserable salario.

Esta clase de establecimientos, en los cuales solo en situaciones desesperadas como la de aquellos niños se puede entrar á servir, son por mas de un motivo los peores á que podian dirigirse, porque les cerraban totalmente ó con rarísimas excepciones las puertas del porvenir. ¿Quién hubiera dicho á los que durante la navegacion y en los primeros dias de su estancia en la Habana acariciaban la idea de un porvenir risueño y brillantísimo, que se verian precisados á servir con la sonrisa en los labios, por mas que sus corazones estuviesen desgarrados, á los negros y demás gentes de color que son casi exclusivamente las únicas que acuden á comprar y á comer y beber en aquellos establecimientos, situados los mas extramuros?

Apenas habian pasado seis meses despues de la llegada del *Pelayo*, y ya no existian de todos sus pasajeros mas que unos cuarenta; los demás habian sucumbido á impulsos de las privaciones, de un

trabajo muy superior á sus fuerzas, de los excesos á que algunos se habian entregado, de las influencias de un clima tan distinto del clima de su pais, y sobre todo del vómito ó fiebre amarilla.

Esta enfermedad endémica, que acomete tarde ó temprano y con mayor ó menor intensidad á cuantos europeos pisan por primera vez el suelo de nuestras colonias de América, arrebató anualmente el treinta por ciento cuando menos de los niños que pasan á las Antillas con ánimo de hallar fortuna; y si bien los estragos que causa no son en el dia, gracias á los adelantos de las ciencias médicas y á las lecciones de la experiencia, tan terribles como lo eran en otro tiempo, sobre todo cuando las personas atacadas no carecen de recursos para combatir el mal, y no faltan á su lado personas amigas que les presten con tierna solicitud los auxilios y los cuidados que tan peligrosa enfermedad exige, se ceba horriblemente en los desgraciados que, como la mayor parte de los pasajeros del *Pelayo* y de los que antes y despues se encontraron en la misma situacion, carecen de aquellos recursos y de aquellos cuidados.

De los que habian sobrevivido, solo unos doce se hallaban colocados en establecimientos de alguna importancia mercantil; y no llegarían á cuatro los que, despues de diez y seis ó veinte años de afanes y trabajos sin límites, regresaron á su pais natal con una fortuna de veinte á veinte y cinco mil pesos, ganados á fuerza de fatigas constantes, de una extremada sujecion, de una conducta muy ejemplar y favorecidos además por la suerte de una manera marcadísima.

Los restantes ó regresaron á España como habian salido, ó arrastraron en la isla de Cuba una vida miserable, ganando el sustento diario con el sudor diario tambien de sus frentes, como hubieran podido hacerlo en su patria sin haber pasado por tantas penalidades, ni por tantas privaciones, ni por tantos peligros.

Esta es la suerte que encuentran en nuestras posesiones del mar Caribe tantos y tantos infelices niños como abandonan su pais y sus familias, para correr á ciegas tras la veleidosa fortuna.

Nuestros lectores comprenderán que no es una suerte muy envidiable, y convendrán con nosotros en que prestaria un señalado servicio á su patria y á la humanidad en general el que lograrse desarraigar de nuestras provincias del Norte y del Noroeste la inveterada costumbre de mandar á las Américas tanto niño desgraciado como sale anualmente de nuestros puertos, arrancando otros tantos brazos útiles al comercio, á la industria, á la agricultura y á las artes, y la funesta creencia en que están sus sencillos habitantes de que basta llegar á cualquiera poblacion del Nuevo-Mundo para hacerse un hombre poderoso en media docena de años, como si la plata y el oro estuviesen amontonados en las calles á merced del primero que se le antoje recojerlos.

Tanto allí como aquí, como en otra cualquiera parte del globo, el que no contando con mas capital que su inteligencia y su trabajo y sin recurrir

á medios vedados, se propone reunir una suma bastante á pasar con ella durante la vejez una existencia cómoda y descansada, necesita primero contar con el apoyo y la cooperacion de la caprichosa fortuna, tener despues aptitud suficiente para la empresa, y afanarse por fin sin descanso por espacio de muchos años en el logro de su objeto.

Los capitales verdaderamente fabulosos que se hacian en otro tiempo en América, pertenecen ya á la historia.

En el dia, mandar á las colonias un niño sin instruccion y sin contar allí con una persona que se interese muy de veras en su suerte, es poco menos que mandarle á la tumba.

Y si se hubiese cuidado de llevar una estadística en que apareciese la suerte y las vicisitudes por que ha pasado el infinito número de españoles que se trasladaron al otro hemisferio con el objeto de buscar su suerte de dos siglos á esta parte, sus resultados horrorizarian seguramente, sin que bastasen á disminuir en lo mas mínimo su terrible elocuencia un centenar de fortunas adquiridas por otros tantos de nuestros compatriotas en tan largo período.

(Se continuará.)

BALDOMERO MENENDEZ.

A señor necio, criados brutos. (1)

Era un hombre muy original el marqués de Agua Bermeja, y como tal difícil en extremo de ser traducido: sus originalidades hacian, sin embargo, muy poca gracia á su esposa, que montada mas á la moderna y apasionada de las novelas de Soulié y de Dumas, era aficionada por lo mismo á todas las traducciones. Ambos cónyuges iban por un mismo camino y ámbos, sin embargo, procuraban no encontrarse: sucedia, no obstante, que se encontraban, y no á la vuelta de una esquina, sino á la entrada de un salon ó á la salida de una alcoba. El marqués gruñia, la marquesa callaba y ámbos proseguian su camino.

Una de las muchas rarezas del buen marqués era la de mudar tantos criados como camisas, y esto como es consiguiente daba lugar á sainetes divertidos: tenia tambien la singular manía de alternar con todos sus criados como de igual á igual, la de franquearse con ellos en muchas ocasiones, lo cual hacia que de vez en cuando se le subiesen á las barbas, y la de convertirlos con frecuencia en sus íntimos confidentes, lo cual tambien, como es natural, tenia por precision que ocasionarle algun disgusto.

(1) El autor al escribir este artículo no ha hecho otra cosa que agrupar unas cuantas anécdotas que andan perdidas por las columnas de los periódicos, procurando dar alguna novedad al asunto.

Una noche iba á acostarse, y llamando á su fámulo le dijo:

—Toribio, mañana tengo que despachar varios asuntos: llámame, pues, en cuanto amanezca.

—Bien, señor; contestó el fámulo: ya tocará V. la campanilla.

Esta simpleza del criado irritó tanto al marqués, que inmediatamente le plantó en la calle: y no vaya á creerse por esto que el marqués fuese ningun sabio, nada de eso: el marqués era tan obtuso de entendimiento como algunos de los gallegos que entraban á servirle, y muchas veces sus espresiones variaban muy poco de las de sus fámulos.

El marqués de Agua Bermeja se acostó aquella noche de mal humor, y habiéndole dicho su esposa que tenia un modo de dormir muy feo y que su semblante cuando estaba entregado al sueño era extremadamente horroroso, llamó á otro de sus ayudas de cámara (el marqués tenia cuatro) y le dijo:

—Tráeme un espejo y pónmelo á los piés, que quiero ver cuando me haya dormido si estoy en efecto tan feo como dice mi señora.

Hízolo así el criado y pocos momentos despues el marqués roncaba de una manera muy parecida á la de sus mozos de cuadra. Como estaba dormido, claro es que no podia lograr su objeto, y lo que sucedió fué que en una de las mil vueltas que daba dentro de la cama pegó tal puntapié al espejo, que el precioso mueble cayó al suelo rompiéndose en mil pedazos.

El marqués despertó al ruido con bastante mal humor cuando aun sus ayudas de cámara no se habian acostado, y restregándose los ojos con la punta de la sabana, tiró del cordon de la campanilla. Uno de los ayudas de cámara se presentó en la puerta de la alcoba.

—Qué haces, Pedro? dijo el marqués.

—Nada, señor; contestó el criado.

—Y tú qué haces, Juan? añadió el marqués levantando la voz.

—Señor, ayudar á Pedro; contestó el otro ayuda de cámara presentándose en la alcoba.

El marqués hizo mil gestos de disgusto, se incorporó en la cama lleno de cólera y levantando los brazos en ademan de desesperacion, exclamó con voz atronadora:

—Pues ahora mismo te vas á la calle, que yo no quiero en mi casa gente tan holgazana.

—Pero señor! exclamó el criado, si estaba ayudando á Pedro....

—Y á qué, replicó el marqués lleno de furia, si Pedro no hace nada?

—A dormir; contestó Juan humildemente.

La furia del marqués se aplacó un poco y despues de mandar salir á Juan le dijo al otro criado:

—Pedro, asómate al balcon y mira si amaneca.

Pedro abrió las vidrieras, se asomó á la calle y despues de mirar al cielo por espacio de algunos minutos se retiró del balcon diciendo:

—Ah! señor; está muy oscuro y no lo veo: voy por el candil.

—Pero bruto! exclamó el marqués: ¿no tienes ahí fósforos?

—Ah! sí señor; V. S. dispense.

Pedro encendió un fósforo, volvió á asomarse al balcon y retirándose despues de unos instantes añadió:

—Debe ser tarde, señor; porque los faroles están encendidos, y no se vé un alma por la calle.

El marqués se quedó muy satisfecho y volviéndose del otro lado se decidió á dormir: durmió en efecto toda la noche y cuando amaneció le despertaron los criados: el marqués se dasayunó con un gran vaso de leche y después de habérselo bebido, dijo:

—Paréceme, Pedro, que esta leche no es tan buena como la de otros dias.

—No será tan buena, señor; contestó Pedro: porque como está reciénparida la lechera....

—Qué! qué! bruto?

—Que como la lechera está en la cama reciénparida, la bautizarán sus criados.

—Yaaal... ¿ha venido alguien á buscarme?

—No señor! un galleguito estuvo ahí; pero no ha venido nadie.

—Ah! y un gallego no es nadie?

—Sí, señor, pero....

—Y qué queria?

—Quería, quería.... créame V. S. señor; no sé lo que quería.

—Habrà bruto! pero qué ha dicho? venia tal vez de parte de la condesa....

—Ah! no señor; ha dicho... ha dicho... ha dicho que V. S. le dijo que le diria.... vamos, ya me entiende V. S.

—Lo que yo entiendo es que eres un gazznàpiro, un bestia, un salvaje, un animal....

—Señor...

—Cuando venga ese galleguito, que pase.

—Pero si no se ha marchado, señor...

—Acabáras.... ¡voto al diablo!...

—No se incomode, señor; voy á decirle que pase.

A los pocos momentos un gallego jóven y bien portado pidió permiso desde la puerta de la alcoba.

Concedido que le fué entró en ella, y el marqués, que sea dicho de paso, tenia fama entre todos los criados de Madrid de derrochador y calavera, le dijo:

—Tú quieres que te admita de criado ¿no es eso?

—Sí, señor; contestó el gallego.

—Y tienes persona que te abone ó responda de tí?

—Cómo! replicó el gallego: yo soy quien pido á usía un fiador para el pago de mis salarios.

Oir el marqués esta contestacion y saltar de la cama como si una víbora le hubiese mordido, todo fué cosa de un instante: cogió un baston que junto á la cama tenia, y el gallego que esto vió echó á correr por los salones, sin parar hasta la escalera.

—Habrà tunante! decia el marqués muy sofocado: á mí acusarme de que no pago salarios.... ¡voto al diablo! ah! si se hubiese esperado un poco....

Luego que nuestro buen señor estuvo vestido bajó á las cocheras, y como tropezase en el patio con

los escombros de ciertos tabiques que habia hecho derribar, llamó á uno de los lacayos y lo apostrofó con energía diciéndole:

—¿Por qué no has limpiado este patio?

—Señor, contestó el criado: ¿cómo quiere V. S. que quite yo todo eso? se necesita un carro para llevar todo ese escombros.

—Pues tienes mas que hacer un hoyo y enterarlo en él? replicó el marqués muy satisfecho.

—En efecto señor; pero y la tierra que sacase del hoyo ¿dónde habia de echarla?

—So bruto! replicó entonces el marqués enfurecido, ¿tienes mas que hacer el hoyo bastante grande para que quepan en él la tierra y los escombros? Vaya unas dificultades...

El marqués entró en las cocheras, inspeccionó con minuciosidad el estado de sus carruages, y luego se dirigió á las cuadras.

—Eh! ¿dónde está el caballo que compraste ayer? dijo á uno de sus mozos.

—Este es; contestó el interrogado señalando á un caballo jóven, inquieto y de hermosa estampa.

El marqués, que habiendo oido decir que los caballos llevaban la edad marcada en la boca, examinó las mandíbulas del fogoso corcel y despues de contarle los dientes y muelas exclamó enfurecido:

—Te han engañado miserable: este caballo tiene treinta y dos años y te lo han vendido por de siete: ahora mismo vas á que te lo cambien ¡infamia! infamia!

El mozo de caballos le convenció del error que padecia, y el marqués se deshizo luego en elogios del fogoso bruto, como tratando de enmendar su pifia: dirigiéndose luego al mozo le dijo:

—Hombre, descolorida tienes la cara ¿estás enfermo?

—No señor, pero he pasado mala noche.

—Pues cómo?

—Deshice ayer las almohadas para lavar la lana, y he tenido por cabecera un cofre.

—Que estaria duro ¿no es eso?

—Sí, señor.

—Pero bruto, y porque no lo rellenaste de paja?

El mozo de caballos lanzó una sonora carcajada, y comprendiendo entonces el marqués el triste papel que estaba desempeñando entre sus estúpidos lacayos, abandonó las cocheras y subió á sus habitaciones:

Dióle aquel dia por no almorzar con su esposa, y luego que estuvieron puestos los manteles tuvo la humorada de convidar á sus criados. El almuerzo fué en extremo divertido, y por la conversacion que durante él mantuvieron el señor y sus sirvientes, pueden de ello convencerse nuestros lectores.

—Bien mirado, decia el marqués dando principio al diálogo, somos unos animales; porque la tercera parte del tiempo la gastamos en comer, la otra tercera en pensar, y la otra tercera en dormir.

—En lo del del sueño y la comida convengo señor; dijo Pedro: pero en cuanto á lo del pienso, V. S. me permitirá que le diga, que eso de pensar solo se queda para los caballos.

—Hombre, no seas tan materialista; una cosa es pensar y otra cosa es discurrir: añadió entonces el marqués dándose tono. Digo que bien mirado somos unos animales y en efecto es así: solo pensamos en comer, beber, dormir y divertirnos; y luego para qué? Para morirnos el día menos pensado.

—Tiene V. S. razón; dijo entonces Juan tomando parte en la conversacion: eso de morir es una cosa bien triste y aseguro con verdad que quisiera conocer un país donde nadie se muriese; allí iría yo á acabar mis días.

El marqués tomando la revancha de lo de la cuadra, lanzó una sonora carcajada, y comprendiendo Juan que habia dicho un disparate, trató de enmendarlo y añadió:

—Quiero decir que si conociese un país donde no se muriese nadie, iría á pasar en él el resto de mi vida.

Otra carcajada del marqués anunció á Juan que su nueva frase habia sido otra nueva barbaridad y cerró su boca decidido á no tomar parte en la conversacion.

Prosiguiendo el diálogo sobre el mismo asunto, dijo Pedro:

—Y es menester convenir, señor marqués, en que hoy la vida es mas corta. Antes se vivía mas tiempo; yo recuerdo haber leído la historia de Matusalen, y allí decia que aquel buen hombre habia vivido novecientos años.

—Sin embargo: añadió el marqués: aun hay provincias donde los casos de longevidad son muy notables y hasta frecuentes: en Lugo, por ejemplo, acaba de morir ahora un pobre anciano que contaba ya ciento tres años y algunos meses.

—Toma! exclamó Juan: eso no es nada. Ciento veinte y ocho años tendria ahora mi abuelo si no se hubiese muerto de una apoplejia.

Otras nuevas carcajadas resonaron en los ángulos del salon y Juan se arrepintió nuevamente de haber hablado.

Restablecido algun tanto el silencio, el marqués continuó hablando y dijo:

—Y despues de todo, yo he pensado que el mejor modo de hacer mas llevadera la vida es el de pasarla viajando. ¿Habeis viajado alguna vez?

—Sí, señor; contestó Pedro: yo por mi parte pasé muchos miedos por el camino cuando vine á Madrid desde Arganda, mi pueblo natal. Aun me parece que veo á los ladrones...

—Cómo! te salieron ladrones?

—Qué si salieron? vaya!

—Pero hombre, y á quién se le ocurre ponerse en camino sin un par de pistolas...

—Oh! ya traía yo una navaja de vara y media en el fondo de mi cofre; pero como venia cerrado y se me habia perdido la llave, no me sirvió de nada, que si nó.... Recuerdo que veníamos once por el camino real y despues de pasado el puente salieron tres ladrones, nos echaron el alto, nos apuntaron con los trabucos y... cataplun! no salió ningún tiro; pero peor para nosotros, porque nos mamamos un susto como para nosotros solos. Figúrese V. S. que nos ataron y despues de robarnos cuanto llevába-

mos nos dieron una paliza, que ni la de un arriero.

—Pero hombre, repuso el marqués, y siendo tres los ladrones y vosotros once...

—Ya, pero como nosotros íbamos solos...

Otra nueva carcajada general acogió las palabras de Pedro.

—Conque íbais solos, replicó el marqués y érais once?

—Ah! pero ninguno de nosotros era ladrón.

—Vaya! veo que todos teníais sangre de horehata en las venas: de modo que si mañana te injurian llamándote pillo en medio de la calle, no serás para defenderte.

—Oh! si me defendería; replicó Pedro.

—Pero de seguro que tú no eres de aquellos que dicen; las manchas de honor deben lavarse con sangre.

—Oh! eso nunca; no me gusta esa legía.

En esto trajeron los postres, y el marqués hizo platos á sus criados; púsole á Pedro una longita de queso muy delgada y Pedro en seguida se tapó la boca con ambas manos.

—Por qué haces eso? preguntó el marqués lleno de asombro.

—Señor, por no echarla del plato con el resuello; contestó.

Concluido que fué el almuerzo, el marqués quiso proporcionar un rato de diversion á sus criados y al efecto empezó á tocar una gaita que á prevención habia mandado traer, y con tal perfeccion la tocaba, imitaba de tal modo á los gaiteros gallegos, que Juan levantándose de la silla dispuesto á bailar la muñeira, se plantó delante de su amo en actitud coreográfica y lleno de júbilo exclamó:

—Ah! señor; por fuerza que V. S. ha sido gallego alguna vez, porque el diablo me lleve si no toca como en mi tierra.

Esta salida hizo desternillarse de risa al original marqués, hasta el punto de que la gaita se le cayó de las manos. En esto sonó la campanilla, Juan corrió á la puerta y volviendo á los pocos instantes entregó al marqués una carta concebida en los siguientes términos:

"Excmo. señor marqués de Agua Bermeja. Muy señor mio: mañana es el santo patron de este pueblo de que V. E. es titular, y en celebridad habrá por la mañana una funcion de iglesia. Por la tarde se correrán seis toros y si V. E. se digna asistir serán siete.—Soy siempre de V. E. etc."

El marqués frunció el entrecejo y aquella estúpida carta le puso ya de mal humor; pensaba tal vez en si serian pullas las que no eran en realidad si no faltas gramaticales. Recordó entonces que tenia un asunto urgente que despachar y mandando salir á todos sus criados menos á Pedro, que sea dicho de paso, era el de mas confianza del marqués aunque el mas bruto de todos, cerró la puerta del comedor y le dijo:

—Mira Pedro; te voy á encargar una delicada comision. Se me habia olvidado que estaba convidado á comer en casa de la condesa de X...; ya se me ha pasado la hora y no puedo por consiguiente asistir á la cita: vete, pues, corriendo y

dila de mi parte que un asunto urgentísimo me ha impedido cumplir mi palabra. Este recado por supuesto lo harás sin que lo sepa la marquesa, porque tiene celos, como sabes, y... en fin, tú ya me entiendes. Cuando vuelvas, que estaré yo con la marquesa, me darás la contestación en voz alta y aparentando que te he mandado á casa de un caballero, no de una señora ¿comprendes?

—Sí señor; contestó Pedro.

—Pues anda volando.

Pedro desapareció, y el marqués pasó al gabinete de su señora: aun no hacia media hora que conversaba con ella, cuando Pedro se presentó á él de vuelta de su comisión.

—Estaba en casa el señor? le preguntó el marqués.

—Sí señor.

—Qué te ha dicho?

—Que estaba muy bien y que se iba á la Fuente Castellana.

—A la Fuente Castellana á pasear ¿eh?

—Sí, señor; y por cierto que si me descuido un poco no le encuentro ya en casa, porque cuando llegué se estaba poniendo la mantilla.

Concluir Pedro de pronunciar su última palabra y armarse una marimorena de mil diablos, todo fué uno, como pueden comprender nuestros lectores. Gritaba la marquesa llamando infiel á su marido, protestaba el marqués disculpándose con la brutalidad de su criado, el criado procuraba enmendar su falta añadiendo que habia querido decir el *gaban* en vez de la *mantilla*, y resultado de todo esto fué lo que no podia menos de ser: que la marquesa no volvió á dirigir la palabra á su marido en mucho tiempo, que Pedro tuvo que salir á escape de la casa y poco menos que rodando los escalones, y que el bueno del marqués juró para adelante no tener mas confianzas con sus criados, ni convidarlos á almorzar, ni encomendarles comisiones delicadas.

MANUEL TORRIJOS.

JACARA.

Metido en el Saladero
y apoyado en una reja,
Anton, vecino del Rastro,
de esta suerte se lamenta:

"Dolores de mis dolores,
Dolorcilla la gallega,
que de Galicia viniste
á remachar mis cadenas;

"Tú, que llevas tanta fama
de recatada doncella,
pues mas recatada fuiste
que una golosa colmena.

A las puertas de la cárcel
por Dios que á llorar no vengas;
ya que penas no me quites
no vengas á darme penas.

"Siempre fueron las mujeres
tósigo de mis potencias,
veneno de mis sentidos,
fomento de mis flaquezas.

"Desde mi madre, que un día
entre pingos de bayeta
llegó á echarme por un torno
á llorar culpas ajenas,

"Hasta tú que me empujaste
por una endiablada senda,
todas lecciones me disteis,
que yo aprender no debiera.

"Porque una mujer tuviese
basquiña y manto de seda,
(tal vez para darme celos
con los que andaban tras ella),

"Recuerdo que cierta noche
sorprendiendo á una prendera
dejé su casa vacía,
limpia como una patena.

"Esto, Dolores, me trajo
de sustos tan gran cosecha,
que al fin, por vivir tranquilo,
dos años estuve en Ceuta.

"Libre ya del cautiverio
volví á mezclarme con *ellas*;
y en pago de amor me dieron
disgustos y trava-cuentas.

"Yo me enamoré de un gato
por darle gusto á una hembra,
como Adán de una manzana
por querer dársela á Eva.

"El gato, que era de oro,
tuvo pesadas las piernas,
y hubo que llevarle á casa
metido en una talega.

"Luego le fuí haciendo cuartos;
y entre holgorios y tabernas,
tan buena vida nos dimos
que todo el año era fiesta.

"El gato volvióse liebre,
y una liebre tan lijera,
que un galgo no la pillara,
ni la alcanzara una flecha.

"Un garduña de corchete
dió sin embargo con ella;
tiró el diablo de la manta,
quedó el pastel sin corteza.

"El alguacil de los diablos
hizo cocos á mi bella;
le sonsacó mi secreto;
vine otra vez á la *trena*.

"En cambio de algunas onzas,
en cierta sesion secreta
me dió un notario instrucciones
y ayuda notoria y buena.

"Salí bien; volví á la casa
de mi ingrata Dulcinea,
y le apliqué en las espaldas
catorce *varas de felpa*.

"Díjome que no era mala,
que se pasaba de buena,
y otra vez hice las paces

que fué emprender nueva guerra.

"Traidora me hizo la cama,
me dispuso una merienda,
y á orillas del Manzanares
ámbos fuimos á comérnosla.

"Allí me esperaba un jaque
que quiso untarme la oreja,
y las navajas salieron
á dirimir la contienda.

"Delante de varias mozas,
de profesion lavanderas,
hice un chirlo á mi contrario
y él me rebanó una pierna.

"Despues de salir lisiado
del hospital y sin fuerzas,
traté de meterme á hombre
honrado y de buenas prendas.

"Puse un comercio en el Rastro
de hierros y ropas viejas,
y con gozo iba mirando
cual prosperaba mi hacienda.

"Un domingo de mañana
(recuerdo que estaba fresca)
por mi desgracia llegaste
á comprarme unas chinelas.

"Con cuánto primor y garbo
te sentaste en una piedra,
dejándome ver desnuda
la garganta de tu pierna.

"No seré yo quien lo diga;
dígalo tu compañera,
que se fué haciendo chacota
creyéndome algun babieca.

"Desde entonces, Dolorcillas,
te quise con tal violencia,
que por tí á pescar me puse
dineros, joyas, y.... etcéteras.

"Yo pescaba, y tú comias
con unas ganas tremendas;
mas al fin doña Justicia
vino á ajustarme las cuentas.

"Aquí, penando y sufriendo
á solas con mi conciencia,
por un lado me das gusto,
por otro me das dentera.

"Eres mujer, y en tí miro
lo funesto de mi estrella,
pues muero por unas sayas
y temo acercarme á ellas.

"Mujeres fueron la causa
de mi perdicion primera,
y si me mandan al *palo*
dí que mujeres me llevan.

"Por eso á llorar no quiero
que á la cárcel te me vengas;
ya que penas no me quites
no aumentes por Dios mis penas."

Así Anton se lamentaba
lleno de amarga tristeza,
metido en el Saladero
y apoyado en una reja.

MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

EL CLAVEL DE LA ASCENSION.

I.

¿Te acuerdas, hermosa niña,
niña hermosa como un sol,
te acuerdas de aquella tarde
primera de nuestro amor?
Era en Mayo: estaba el cielo
con su mas puro arrebol,
tan bonito como tú
con tu vestido de gró.
Juré yo entonces amarte
con todo mi corazon,
y tú al fin me respondiste:
"el mio te entrego yo."
Y en prueba de tu cariño
quisiste darme una flor,
un clavel que yo á mis labios
llevé con adoracion.
Y te dije que seria
prenda eterna de mi amor
*el clavel que tú me diste
el dia de la Ascension.*

II.

Muchas tardes, niña hermosa,
fuimos en alegre union
á ver del astro del dia
el postrero resplandor.
Y pasábamos las horas
en dulce conversacion,
yo embriagado con tu acento,
tú pendiente de mi voz.
Tus ojos languidecian
al mirarme con rubor:
y los míos destellaban
el fuego de tu pasion.
Y cuando ya de la noche
reinaba el débil fulgor,
con harta tristeza mia
te dejaba en tu mansion;
pero antes de despedirnos
besábamos con ardor
*el clavel que tú me diste
el dia de la Ascension.*

III.

Ay! que nunca echa raíces
la dicha en el corazon,
mientras que en él es eterna
la semilla del dolor!
Tú que en Mayo me quisiste,
me hiciste en Julio traicion;
fué una nube tu cariño
que rápida se alejó.
Pero esa nube que flota
del cielo en la alta region,
para mí, niña, destila
gotas de amargo sabor.

Yo la veo y la bendigo,
que era mi bella ilusión;
y no me atrevo á perderla
ni á darla el último adiós.
Como no lo daré nunca
á esta pobre y mística flor,
*al clavel que tú me diste
el día de la Ascension.*

IV.

Bien sé que un clavel ya místico
sin frescura ni color,
no merece por sus galas
tan firme veneración.
Bien sé que en sí es una joya
de muy escaso valor;
pero no te pese, niña,
que le juzgue un rico don.
Que este clavel sin aromas,
sin galas, sin esplendor,
tuvo un tiempo su belleza,
también un día brilló.
Que fué este clavel, hermosa,
la prenda de nuestro amor,
*el clavel que tú me diste
el día de la Ascension.*

VICTORIANO MARTINEZ MULLER.

EL CIPRÉS DE LA SULTANA.

EPISODIO

DE LA CONQUISTA DE GRANADA.

ADVERTENCIA.

El Ciprés, llamado de la *Sultana*, ese árbol misterioso que goza una fama en el mundo conocido, se ostenta magestuoso con su esbeltísima figura, su tronco robusto y su tétrico ramaje, como desafiando los tiempos, y como mudo testigo de las terribles escenas y maravillosas que agitaron el imperio de los Muslimes, en el delicioso jardín de Generalife, no lejos del palacio de la Alhambra de Granada. Los mas distinguidos y célebres viajeros de todos los países lo han contemplado con admiración y respeto, y han adquirido sus astillas para colocarlas entre las mas preciosas antigüedades; y los literatos y los poetas, han empleado sus plumas y los sonos de sus liras en honor de tan dignísimo monumento: y mi débil musa, poseída de la sorpresa universal, ha consagrado las siguientes líneas á la admirable y sorprendente historia de Zoraida y del abencerraje Aben-Hamet; las que ofrece como fruto de su laboriosidad y afición á las letras, y como justo tributo de admiración á las tradiciones y recuerdos de aquella época memorable.

En perfumados bosques de verdura
Y en ráfagas de luz, carmin y oro
Que el velo esparcen de la noche oscura,

Generalife ostenta su tesoro:
Brilla de ilustres damas la hermosura;
La bandolina, el añafil sonoro,
Con dulzainas y guzlas concertadas,
A la zambra convidan acordadas.

De nácar y alabastro entre colores
Cien lámparas sus rayos esparcian,
Con sus gratos y puros resplandores;
Y en lujosos jarrones se veían
Entre linfas de plata bellas flores
Que en su eden delicioso se cogían;
Con mudanzas y vueltas primorosas
Danzaban las parejas amorosas.

Y el noble rey Boabdil y la sultana
De su lucido séquito seguidos,
Animaban la fiesta soberana
De ricas galas y esplendor vestidos:
Ella risueña, plácida, lozana,
Entre insignes magnates escogidos;
Y Musa y Aliatar, y otros guerreros
Que aquella union celebran placenteros.

Y Aben-Hamet rendido y amoroso,
De radiantes preseas adornado,
En oculto solar espera ansioso,
Inquieto, conmovido y agitado,
Que del Muden (1) el eco religioso
Convoque á los Muslimes, y alentado
Piensa en su hurí, que con su amor lo incita,
Y en el ciprés de Abut-Valid (2) lo cita.

Y en esto vió se acercaba
Con paso tardo y pausado,
Un bulto que recatado
Al ciprés se encaminaba.
Crujen sus ropas de seda,
Y sus pliegues caprichosos
Cubren sus piés cautelosos
Donde el céfiro se enreda.
Se extasía en su pasión;
Vé su ventura cumplida,
Y á su gacela querida
Reconoce el corazón.

Bajo aquel árbol de amores
Ella se sienta postrada,
Y se reclina embriagada
Entre lindísimas flores.

Y él audaz y cariñoso
Corre, llega, y desalado
Ante Zoraida postrado,
Le dice ledo y gozoso.

— "Por fin, te ven mis ojos ¡oh, sultana!
Te ven con tu esplendor y tu pureza;
Grato soplo de Abril, rosa temprana,
Prodigando tu gracia y tu belleza:
Mas que el jardín de Hirán, linda, lozana,

(1) Muden: santón árabe.

(2) Abut-Valid, uno de los reyes de Granada que plantó el ciprés por complacer á una esclava.

Pues tu candor aumenta tu grandeza:
Mas que la viva lumbre esplendorosa
Luce en noche sombría y tenebrosa.

"Tú me amas, hurí, porque tu mano
Tiembla y se ajita al encontrar la mía;
Porque tu esbelto talle y soberano
Al contacto de amor no se desvía;
Tú eres mi esposa; en tu querer ufano
Arde mi corazón; y el alma mía
Se exalta, se sublima y se engrandece,
Y su existencia al dios de amor le ofrece.

"Garza real! de un gerifalte fiero
Entre las corvas garras oprimida;
Postrada ante su espíritu altanero:
Sígueme, mi gacela; envanecida
Te llevará mi alfana al lisonjero,
Al hermoso pensil donde se anida
En el vergel de amor, libre, ardoroso,
De nuestra union el tálamo precioso.

"Nada te faltará; y en tu grandeza
Chales de cachemir, perlas, diamantes,
Adornarán tu cuello, y tu cabeza
Con gasas de Surate, entre brillantes
Y vistosos plumajes, su pureza
Mostrará entre sus bellos cambiantes,
Y nuestro amor cual astro luminoso
Olvidando á Abdallah, será dichoso."

Zoraida, mística, abatida,
Su letargo deponiendo,
A Aben-Hamet conteniendo,
Le replicó dolorida:

— "No expreses mas tu pasión,
Pues ya en la fronda se asoma
Acechando á la paloma
En cetrería el halcón.

"Mal segura tu cabeza
Sobre tus hombros se mira,
Y mal segura respira
Tu hidalguía y tu nobleza.

"Viví contenta, felice,
Sin conocerte ni amarte;
Mas al verte y admirarte
Mi dicha y mi bien deshice.

Admiré tu talle hermoso,
Tu mirar fué mi recreo,
Mi cumplido devaneo
Tu semblante cariñoso.

"Te ví cual palma ostentosa,
Gallarda, altiva, arrogante,
Que se mece rozagante
En la Arabia calurosa.

"Yo alimenté tu pasión,
Y seguí libre y activa;
Mas conocí pensativa
Que ultrajaba á la razón.

"Soy la sultana, mujer
Del que impera en este suelo,
Y aun en mi ardiente desvelo
No faltaré á mi deber.

"Ama, goza, y en mi estado

Déjame sufrir mi pena,
Arrastrando la cadena
Que mi ventura ha turbado."

— "¿Si no me amabas, gacela,
Por qué al ciprés me citastes,
Y en mi pecho alimentastes
Este amor que me desvela?

"Mala suerte me ha cabido,
Sultana, en haberte amado,
Y á mi corazón llagado
Con las flechas de Cupido.

"Grazna el cuervo, y con presura
Su vuelo hacía mí aproxima;
Mas no tocará á la cima
De mi querer y ternura.

"Guárdete Alah: y si mañana
Ves pasar rauda y sombría
Frijida noche que al día
Le roba su luz temprana,

"Será de mi triste suerte
La negra y trémula sombra,
Luz de mis ojos! que asombra
Con la imagen de la muerte."

Dijo: y su turbante hermoso
Con el albornoz cubierto,
Se retiraba resuelto
Por el jardín silencioso.

Y Zoraida tembló: mística, sombría,
En su acervo pesar se acongojaba;
Y entre lágrimas tristes repetía
Y con suspiros que su amor lanzaba,
— "Que triunfe la razón; y el alma mía
Resista esta pasión que la humillaba:"
Y ocultaba su rostro entre sus manos,
Y cubría sus ojos soberanos.

Y Aben-Hamet al escuchar su lloro
Presuroso tornó, y arrodillado
— "Luz de mi alma! (le dijo), yo te adoro
Mas que nunca rendido, enamorado:
Tú eres mi bien, mi dicha, mi tesoro:
Tú eres mi norte, ¡objeto idolatrado!
Ámame, mi paloma encantadora,
Mi reina, mi sultana, mi señora!"

— "Aben-Hamet, tus métricos cantares
Bajo mis ajimeces repetidos,
Mi constancia turbaron; mis pesares
Crecieron con tus ecos condolidos;
Olvidaba las glorias de Comares
En tu amor divagando mis sentidos;
Mas un rayo de luz justo y celoso,
Me apartó de un abismo lastimoso.

"Y la austera razón, la mancha odiosa
Que iba á cubrir á mi altanero esposo,
Y á mi inocente prole y candorosa,
Me anunciaron un término espantoso:
Te cité en este sitio, misteriosa,
Para curar con mi desvío honroso
Tu amor, que con pesar daré al olvido
Huyendo de este árbol maldecido.



"Mas para calmar mi anhelo
Déjame de tu querer
Una prenda, que ha de ser
Mi ventura, mi consuelo."

Y el árabe la miraba
Conmovido, silencioso;
Y despues yerto, lloroso,
Rosas blancas arrancaba.
Tejió una corona hermosa
Y ciñéndola á su frente,
En su pecho un beso ardiente
Su boca imprimió ardorosa.

"Toma, mi bien, mi consuelo,
(Le repite), si algun dia
Encuentras mi tumba fria
En este liviano suelo,
"Pon en prueba del dolor
Con que te oprime mi suerte,
Sobre mi lecho de muerte
Hojas secas en tu amor."

Y en aquel triste momento
Se vió en la enramada umbrosa,
Como una sombra espantosa
Atravesar como el viento (1).

Y separándose en fin
En tan acerbo destino,
Por diferente camino
Entraron en el festin.

Y á aquel ciprés portentoso
De altura y copa lozana,
El Ciprés de la Sultana,
Le quedó por nombre honroso.

JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

LA NIÑA SE MUERE.

I.

La niña no canta,
jugar ya no quiere,
ni corre en la huerta,
ni salta en la fuente,
ni arranca y deshoja
las flores silvestres,
ni adorna con ellas
sus candidas sienas.
En vano á su vista
los árboles tienden
sus vástagos verdes.
La niña está triste,
la niña se muere.

(1) La sombra fué la del mismo rey Boabdil, conducido á aquel sitio por los enemigos de la sultana.

OCTUBRE.

II.

Sus ojos se apagan,
su tez palidece,
no rien sus labios
ni brilla su frente;
sus dulces miradas
antes tan alegres,
vagan distraidas,
van indiferentes.
Despierta se cansa,
suspira si duerme,
la noche la asusta
y el dia la ofende.
La niña está enferma,
la niña se muere.

III.

Su voz cariñosa
tiembla dulcemente;
retira sus manos
si cojerlas quieren;
si la miran mucho
su rostro se enciende;
si alguien la acaricia
toda se estremece.
Vagas inquietudes
la agitan, y suelen
brillar en sus ojos
lágrimas ardientes.
La niña se acaba,
la niña se muere.

IV.

Qué afanes la turban?
qué mal la entristece?
qué pena la aflige?
qué dolor la hiere?
Todos lo sabemos,
nadie lo comprende:
la mujer empieza,
y la niña muere.

J. L.

COSTUMBRES ORIENTALES.

UN BANQUETE MARONITA.

El palacio del Emir donde vamos á hospedarnos, está situado en la posicion mas bella del Líbano. Las montañas se retrasan como para dejar á su vasto circuito mas desarrollo: de sus poderosos sillares fijos como la arquitectura del mundo, se levantan, semejantes á los campanarios góticos de nuestras antiguas catedrales, picos desgarrados por el rayo de las tormentas. La luz del sol les tiñe al ocultarse de su ardiente púrpura, y sobre sus aristas resplandece un brillo metálico parecido á los fuegos de Bengala. La nieve cubre con su

manto sin mancha los vértices mas elevados. Hacía el Oeste donde el astro derrama su fulgor, se anima de un reflejo sonrosado: por el contrario, al Este donde aun no le iluminan las lumbreras de la noche, refleja límpido el azul del cielo.

Manantiales eternamente frescos, cayendo en forma de cascadas desde las vecinas canteras de hielo, se extienden en las praderas sembradas de flores, ó reunidos en cauces naturales dentro de las cuencas de las rocas. Grandes árboles ostentan su soberbia vegetacion, ya desplegando sus ramas como una ciudad de follaje habitada por un pueblo de pájaros, ya subiendo al cielo cual sombrías pirámides. Una pendiente suave reúne la meseta de la montaña á la roca en que se halla edificado el castillo del Emir maronita: de modo que las tapias del recinto parecen prolongacion de la misma roca, cuyo escarpado levanta encima de un precipicio sus paredes de mil piés de elevacion perpendicular.

En todas direcciones se divisan desde la montaña, lontananzas en perspectiva felizmente escogidas, segun las horas del día, que cambian sin cesar; aquí florestas, mas lejos pastores y praderas con surcos de labrantío; por todas partes bellas imágenes de la abundancia y de la fecundidad: los frutos se mezclan con las mieses, y cuando uno se acerca distingue delante de las puertas, parras, cuyos dorados pámpanos se enlazan á las higueras y granados, cruzando el camino y proyectando sobre la cabeza del viajero arcos triunfales de hojas y ramos.

El vano de una arcada ojival, cuya primera piedra quizás pondrian los cruzados del siglo VIII, nos dejó entrar en una especie de antepatio. Sus murallas de piedra me recordaron las construcciones mitológicas de los Cíclopes. En el centro de este espacioso patio se levantaba una fuente antigua de mármol verde, flanqueada por cuatro columnas de pórfido: á su alrededor habia plantados jazmines altos como árboles; sus flores, especie de estrellitas plateadas sonreían entre el sombrío follaje, cayendo luego como nieve olorosa en vasos cincelados en alabastro. Se oía el murmullo del agua que salía de los pilones, corriendo por un lecho de piedrecitas y mariscos de finos matices.

Tambien ofrecia un aspecto agradable en este patio la mezcla de montones de arneses y equipos. Sujetos á los anillos de hierro clavados en la pared, piafaban los caballos de raza, ricamente aparejados, de los ancianos de la vecina tribu de los Metualis; las acémilas mas modestas de los banqueros armenios de Beyrohut; las mulas de los comerciantes de Alepo que habian ido á contratar un empréstito, y los asnos negros de los religiosos maronitas. Echados sobre el vientre, las patas dobladas bajo del cuerpo, rumiaban los dromedarios, estirando su largo pescuezo y haciendo sonar sus collares, para distraer algun tanto el enojo.

Ningun centinela vigilaba los puestos. Penetramos sin encontrar el menor obstáculo. Los *sais* que guardaban las cabalgaduras, tendidos sobre esteras y fumando la pipa con una voluptuosidad ma-

nifiesta, no se movieron para recibirnos y apenas volvieron hácia nosotros sus rostros graves y apáticos. Solo el Oriente posee esa indolencia profunda que nada puede turbar.

Una serie de pórticos de tal modo aproximados que parecian un claustro, separaba este primer patio del segundo, en cuyo fondo se levantaba el palacio.

Este edificio es inmenso; su arquitectura la mas compacta que se puede imaginar superior á toda descripcion, es un resumen de todas las fantasías de todos los siglos; la arcada morisca sucede allí á la ojiva gótica y la adornada escalinata del Renacimiento al mas sencillo pórtico bizantino. Hubiérase dicho que cada generacion habia querido llevar su piedra á aquel monumento.

La fachada que por sí hubiese sido demasiado ancha se interrumpe tres veces para dejar paso, como á centinelas de piedra á unos pabelloncitos que uniéndose hábilmente, interrumpian de pronto la perspectiva cuando iba á hacerse cansada. *Kioskos* esbeltos, ligeros, aéreos, se ligaban los unos á los otros por elegantes arcadas que sostenian haces de columnas. Al lado de un edificio cuadrado un poco rígido y cuyas caras se cortaban en ángulo recto, adelantaba una rotonda su obeso vientre. Hasta los mismos tejados, esos adornos de las casas tan ridículos entre nosotros como los de los hombres, son allí de la mas agraciada originalidad: los *kioskos* llevan sombreretes chinos; las pagodas cobertizos como las queseras suizas: la cúpula central se ensancha y se afina dos veces, mientras que las azoteas con balastradas se estiende como un paseo suspendido sobre las galerías, cuyos balcones están cerrados por follaje de hierro y la malla de verjas, en donde antiguamente cantaban las amorosas tórtolas del harem turco.

Era á la vez esta fábrica, una fortaleza, un palacio y una casa de recreo.

No habiamos pasado el pórtico, cuando dos guardias armados de piés á cabeza, salieron de la portería é hicieron seña á los *sais* vestidos de blanco, con botas de montar negras y lustrosas como el ébano, para que nos cogiesen los caballos.

Habia audiencia en casa del Emir, soberano ó poco menos, de aquella parte de la montaña, y aun quedaban, al llegar nuestra caravana, algunas visitas.

Atravesamos una larga serie de departamentos, donde los secretarios vestidos de negro y sentados en los talones, escribian con plumas de caña sobre tiras de papel de una pulgada de ancho y un pié de largo.

El Emir estaba en la última pieza, amueblada verdaderamente á la oriental, con pocos muebles. El divan de seda carmesí adornaba la pared; la estera india tejida con brillante paja cuyos vivos colores se combinan en suave armonía, cubria el pavimento; y un cono de siete caras cincelado en cobre, filigranado como el panal de miel y sostenido por dos pilares, estaba dispuesto á recibir el brasero en la estacion de los frios. Delante del Emir, veíase una mesa incrustada con nácar sobre la pla-

taforma, dos piés mas alta que el resto de la habitacion y cubierta por un tapiz tejido en las fábricas de Teheran; la parte de muro que servia de respaldo estaba forrada de abundantes pliegues formados por ricas cortinas de damasco. Todo ello tenia cierto aire engañador de solio. El Emir se aproximaba algun tanto á la magestad de un rey.

Al vernos se levantó y dió algunos pasos para recibirnos, y nosotros le besamos la mano con todas las muestras de respeto y cordialidad posible.

Cuando terminaba la audiencia de cada solicitante, iba á tomar asiento en el divan. Un pagecillo encendia la pipa, colocaba el cubo de arcilla sobre un platillo de cobre, y teniendo por el medio el tubo de jazmin presentaba la boquilla de ámbar al recién llegado, que saludaba poniendo la mano en el pecho y bajando la cabeza hasta el suelo.

Después que todos los negocios se dieron por terminados, dos negros vestidos con casacas alzaron con sus mazas-horquillas los *portieres*. El Emir se levantó, atravesamos tras él un pequeño vestíbulo con columnas de madera unidas por arcadas moriscas, y penetramos en la espaciosa cámara donde nos esperaba el festín.

Numerosos servidores nos conducian á las mesas aisladas, dispuestas para cinco ó seis convidados, pero sin manteles. Eran estas mesas de lustroso ébano ó de sándalo, cuyas fibras exhalaban un perfume penetrante, descansando sobre piés bajos, cuadrados y sólidos, rodeadas á guisa de asientos, de pilas de almohadones de tapicería, sobre los que cada cual se colocaba segun su voluntad, unos sentados, otros de rodillas descansando sobre los talones, y los mas medio acostados.

La comida estuvo silenciosa y me pareció larga, como parecen siempre á los jóvenes las reuniones en donde no hay mujeres. Ignoraba que entre los príncipes cristianos del Líbano, solamente á los postres se presentaban las damas; lo contrario de lo que se hace en algunos paises de Europa.

Las mujeres están ausentes durante la parte grosera de la comida, dedicada á la alimentacion material, al pan, á las legumbres, á las carnes que devora el hambre, se presentan cuando no tenemos mas que pensar en ellas, para darnos con la alegría de su presencia los sabrosos frutos, el perfume de las flores y el aroma sutil y delicado del café. En este punto la civilizacion oriental está mas adelantada que la europea.

En el umbral de la puerta, entre gran número de doncellas drusas, aparecieron las dos hijas del Emir.

Los convidados no se cuidaron de su entrada: hizo menos efecto en el banquete, que un camarero cargado de helados en un salon de baile.

Las hijas del Emir eran bellas como la encarnacion viviente de los sueños voluptuosos del Asia; blancas como dos azucenas, ojos negros, largas pestañas y sedosas que velaban la mirada siempre baja; la sombra de su párpado palpitaba sobre sus mejillas como las alas de un pájaro; cejas que se hubiesen creído trazadas con tinta por un pincel

chino; estatura alta y cuerpo flexible como un junco; el vestido de grana recamado de oro, dejaba ver un cinturón de radiantes matices que sujetaba á las caderas anchos pantalones con rayados pliegues flotantes. Su cabeza, demasiado pálida como casi todas las de las mujeres que viven encerradas, se rendia bajo el peso de gruesas trenzas sujetas en la una por un ramo de jazmin y en la otra por una flor de granado. Sus piés pequeños y perezosos se ocultaban descalzos en la rastrera babucha.

El Oriente presentaba á mis ojos un rincon del paraíso de Mahoma, en donde las huris están encargadas constantemente de la felicidad de los escogidos.

No sabia qué trataban de hacer aquellas encantadoras criaturas en medio de treinta convidados, mucho mas entretenidos en comer carnero relleno que en rendir homenajes á la belleza.

Empezaba á impacientarme, cuando los negritos condujeron bandejas llenas de conservas, frutas y sorbetes, que las mujeres empezaron á ofrecernos. Era necesario dejarnos servir por aquellas bellas niñas que desplegaban naturalmente y sin coquetería todas las inocentes seducciones de la educacion oriental, inclinándose delante de nosotros medio prosternadas; tocando con humildad los extremos de nuestros vestidos, y llevando sin cesar de la boca á la frente sus largas manos llenas de *do-naire*, que parecian sembrar besos.

Estas reinas de la belleza, educadas en el respeto del hombre para que le adoren como siervas, cumplan con todos los deberes de la hospitalidad con una gracia encantadora. La mas joven se aproximó á ofrecerme dulces mezclados cen rosas que tenian el aroma y matices de las flores. Se figuraba uno que comia en un ramillete al ver los granos brillantes del azúcar cande, que imitaban las gotas de rocío que las noches de primavera lloran en el cáliz de la flor para abrir su capullo.

Habia tomado delante de mí esta joven una actitud de timidez inocente que hubiese envidiado un escultor; ligeramente inclinada hácia adelante, una mano terdida y con la otra recogiendo el vestido demasiado abierto, invitándome á comer con su mirada.

Yo me apresuré á recibir su ofrenda para que cesase aquel arrebatador embarazo, aunque por otro lado me gozaba en su virginal emocion. Un druso sentado á mi lado alargó el brazo y tomó la copa de cristal, sin mirar quien se la presentaba.

Levantáronse las mesas y trajeron las guzlas. Las hijas del Emir se pusieron á cantar, mientras que los hombres acurrucados sobre las almohadas, tendidos sobre la estera, en los divanes, se abandonaban al dulce y muelle éxtasis del tabaco, padre fecundo de sueños despiertos.

Poco á poco las canciones se apagaron en los labios medio cerrados de las odaliscas cristianas, y no se oyó mas que á intervalos el ténue sonido de las cuerdas. Pronto los brazos de los convidados cayeron á lo largo de los cuerpos rendidos. La música enmudeció, y cada uno de los huéspedes

des fué retirándose á dormir á su aposento.
Así concluyó el banquete maronita.

B. DEL BARCO.

Salones de Paris.

22 de Setiembre.

Un acceso de desesperacion.—Un viaje á Baden Baden.—De un mal resulta un bien.—Tres refranes puestos en contradiccion con ellos mismos.—Una novela original, cuyo argumento está tomado de la historia.—Una anécdota del Duque de Guisa.—El amor conyugal.—La Duquesa de Alba; su enfermedad, su muerte, sus funerales.—Otra muerte sensible.—Un momento de tregua.—Días de sol.—Una marselesesa.—Un entusiasta del Emperador.—Un loco enemigo de las casas con techo.—Los teatros.—Los reclamos de los libreros.

Zamora no se ganó en una hora, dice el refrán; pero si este axioma ha sido una verdad hasta nuestros dias, como verán nuestras lectoras por lo que voy á referirlas, tendré en lo sucesivo motivo suficiente para creer que esta verdad puede ponerse en duda.

Hace ocho dias, ocho dias ni mas ni menos que un jóven elegante, de buenas cualidades físicas y morales se hallaba desesperado porque el padre de una señorita de la que estaba perdidamente enamorado, le habia negado la mano de su hija no creyéndole con una posicion bastante digna para hacer partícipe de ella al fruto de su amor.

Desesperado como digo, y conociendo al mismo tiempo la razon del papá, en un acceso de entusiasmo se dijo:

—Yo alcanzaré lo que deseo.

Contaba con algunos centenares de francos, y sin decir nada á nadie arregló su maleta, tomó un coche y se dirigió á la estacion del camino de hierro del norte, y algunas horas despues entró triunfante en Baden Baden.

El pensamiento que le sugirió tan repentino viaje, mirado bajo el prisma de su amor era excelente; mirado bajo el prisma de las buenas costumbres, aunque no de las costumbres de buen tono, era á todas luces censurable.

Llegó á Baden como digo, se instaló en un hotel y al dia siguiente fué á buscar una de las aristocráticas mesas donde al treinta y cuarenta se pierde y se gana tanto dinero en los ardientes meses del estío.

Una suerte decidida comenzó á favorecerle.

Una hora despues habia ganado treinta mil francos.

Al dia siguiente aumentó aquella cantidad con cincuenta mil mas.

Aquella misma noche llegó á París lleno de gozo por poder ofrecer á su futura una posicion si nó opulenta, desahogada.

Escusado es decir que el padre se desdijo, y que los novios serán marido y mujer dentro de pocos

dias; pero lo mas notable es que él, á quien sus amigos daban la enhorabuena, les decia una de estas noches:

—Si me quereis creer, no juguéis nunca. El dinero que se adquiere en el juego es un peso enorme. Con él he ganado el derecho de hacer feliz á una mujer; pero he perdido mi tranquilidad. Al dia siguiente de mi boda comenzaré á trabajar, y solo así conseguiré llegar á ser completamente venturoso.

Si hubiérais registrado su libro de Memorias, hubiérais hallado las señas de un baron aleman.

El jóven que le habia ganado ochenta mil francos le habia dicho:

—Todos los meses recibirá Vd. una carta mia. No tenga Vd. temor: no ha perdido Vd. su dinero, no ha hecho Vd. mas que prestármelo para ser feliz."

Ya veis que semejante acto merece ser aplaudido á pesar de ser hijo de otro muy censurable.

Esto viene tambien á echar por tierra otro axioma, y no crean nuestras lectoras que me propongo demoler eso que se llama la sabiduría de los pueblos, el tesoro de sus refranes; pero en vista de lo que he referido, bien se puede creer que se puede ganar á Zamora en una hora, que el que es afortunado en amores puede serlo al mismo tiempo en el juego, y que de malos padres pueden sacarse buenos hijos.

No sé si habreis leído una novela de Feydeau que llamó no hace mucho la atencion en París, y que atravesando los Pirineos, llevó la fama de su autor á nuestra patria.

Esta novela ó estudio, como la llama Feydeau, se titula *Fanny*.

Esta novela, que todo el mundo la creia de costumbres, ha resultado ser histórica.

Hé aquí una anécdota que lo prueba, y que se refirió noches pasadas en uno de los salones mas concurridos de la Chaussée d'Antin.

El duque de Guisa, especie de D. Juan Tenorio, célebre por sus aventuras amorosas, fué una tarde á visitar á la condesa de Olona, á la que conocia particularmente desde hacia seis meses. Cuando llegó á la puerta de su gabinete la halló cerrada, y percibió el sonido de una voz que no le era desconocida. Se creyó con derecho á mirar por el ojo de la cerradura y, ¿qué es lo que vió? Nada menos que al marido de la condesa que se hallaba á sus piés en un momento de amoroso entusiasmo, y que era recibido por su cara mitad con verdaderas muestras de interés y de afecto.

—Un marido! un rival doméstico! un amante previo contrato! exclamó el duque; esto es inaudito. Semejante conducta no era posible tolerarla.

El duque de Guisa se retiró indignado murmurando:

—Un amor conyugal!... Esa mujer se ha desprestigiado.

Para vengarse de ella no encontró mejor medio que el de dedicarla unos versos que corrieron de mano en mano, y que alcanzaron mayor publicidad

que si el *Times* los hubiera dado á luz en sus columnas.

Los versos decían sobre poco mas ó menos, que podia comprenderse que una mujer amase á muchos hombres; pero que amar hasta á su marido, era una especie de avaricia.

Estas teorías, tan lamentables á los ojos de mis lectoras como á los míos, nada pudieron influir en el ánimo de la condesa de Olona, que arrepentida de algunos extravíos se consagró á amar á su esposo, haciendo del amor conyugal despues del matrimonio, un sentimiento lleno de atractivos, una pasión encantadora.

—Lo mismo hizo Fanny, exclamó una señorita que oyó la anterior anécdota.

Conviniendo los críticos con ella, han declarado que lo que ha hecho Feydeau no ha sido una novela original, sino adornar un episodio histórico.

Dos muertes han sucedido en muy poco tiempo; dos muertes que han interesado sobre manera á la escogida sociedad de París.

La primera ya lo presumireis; es la muerte de la duquesa de Alba, hermana de la augusta emperatriz de los franceses, y reina de la elegancia y la belleza en los salones de Madrid.

El 18 del presente, al mismo tiempo que la feliz esposa de Luis Napoleon, despues de un triunfante viaje por la Borgoña, la Provenza y la Saboya pisaba las playas argelinas, repartiendo como siempre beneficios y enjugando lágrimas al mismo tiempo que su corazón de soberana gozaba con las sentidas muestras de la adoración que inspira á sus súbditos, la duquesa de Alba, su querida hermana, exhalaba el postrer suspiro en los brazos de su adorada madre.

Una enfermedad en el corazón que desde hace algun tiempo la mortificaba, y que en vano han tratado de combatir los mas afamados médicos de Europa, privaba á un mismo tiempo á la emperatriz de una afectuosa hermana, á una madre de una cariñosa hija, y á unos niños hermosos é inocentes de una apasionada madre.

La sociedad elegante de París, que como la de Madrid, rendía homenaje al talento y á la belleza de la duquesa de Alba, ha experimentado un vivo dolor con su muerte.

¿Qué será este año de los salones de Madrid que ella animaba y embellecía? ¿Qué de aquel palco del Teatro Real en donde todas las miradas se fijaban para admirar el gusto, la elegancia, la riqueza de aquella mujer privilegiada, que al mismo tiempo era la protectora mas bondadosa de los artistas, la mano mas benéfica de los pobres?

Tres dias despues de su fallecimiento fué conducida al templo de la Magdalena, de donde saldrán sus restos para España cuando regresen los emperadores.

El día de su conducción asistieron á este acto todas las personas mas notables de París, y muchos españoles.

En todos los rostros se pintaba el dolor que tan prematura muerte ha causado.

La otra persona fallecida de que os he hablado

mas arriba, era una jóven de muy elevada posición, á quien su historia habia hecho interesante.

No habitaba casi nunca en París, pero su casa de campo estaba á muy poca distancia de esta capital por el camino de hierro.

Enriqueta S. era huérfana.

A los 11 años empezó á ganar el sustento coloreando los figurines de los periódicos de modas. Mas tarde entró en casa de una costurera que la hizo pasar muy malos ratos. Algunos dias hasta se vió obligada á quedarse sin comer, sufrió todo género de pesares, pero cuando menos esperanza tenia de mejorar de posición, la muerte de una tia política millonaria cambió su suerte, llevándola desde su modesta boardilla á un palacio del que fué reina.

Su belleza, su modestia, su triste historia la alcanzaron mucho partido entre todos los miembros de la nueva sociedad que comenzó á frecuentar.

No quiso sin embargo brillar en los salones de París, y se limitó á habitar su casa de campo, á ejercitarse en montar á caballo, en cultivar su jardín, en cuidar á sus pájaros y en hacer beneficios á todos sus vecinos desgraciados, porque ella que habia conocido los horrores de la miseria, sabia cuan hermoso era inspirar gratitud.

Todos la amaban y donde quiera que ella estaba reinaban la alegría y la felicidad.

Hace muy pocos dias que estando dando de comer á sus canarios, se le escapó uno de la jaula, su canario favorito, el que mejor cantaba, el mas bello de todos.

Dentro de los límites de su casa de campo hay un torrente muy profundo. El canario fué á posarse sobre una de las rocas cercanas al torrente.

La jóven que le vió se dirigió á cogerle, el pajarillo saltó, y ella al querer apoderarse de él, al vuelo dió un paso en falso, se escurrió y las aguas del torrente la arrastraron en su curso para siempre.

Uno de sus criados que presenció esta terrible é instantánea escena, hizo los mayores esfuerzos para salvarla, pero todos fueron inútiles.

La desgraciada jóven habia gustado algunos instantes de ventura devolviendo á todos bien por el mal que la habian hecho en los dias de su pobreza, y cuando comenzaba á disfrutar, á recoger el premio de su virtud y de su abnegación, una prematura muerte la ha arrebatado á sus numerosos protegidos que no se consuelan de tan terrible desgracia.

Este suceso ha sido generalmente sentido, y Enriqueta S. ha sido el objeto de todas las conversaciones en los salones de París.

En mi último artículo os hablaba del tiempo lamentándome de que no nos brindase dias serenos y apacibles.

Desde entonces nos ha ofrecido algunos delirios, y decir esto es lo mismo que contar que los parisienses los han aprovechado, corriendo al campo á respirar entre las flores y los arbustos ese aire puro que se respira cuando el cielo se viste de un azul purísimo y los rayos del sol doran las copas de los árboles, riegan en las aguas

de los lagos y hacen de las montañas incendios magníficos, que no asustan ni devastan, pero que admiran por su grandiosidad.

El emperador y la emperatriz han regresado de su viaje.

Muchas son las anécdotas que se cuentan de esta triunfal escursión, pero solo os referiré una que llega al alma.

Una marselesa se aproxima á la emperatriz al tiempo en que se apeaba de su carruaje para embarcarse y proseguir su viaje.

—Señora, la dijo, una gracia deseo de V. M.

—Cuál es? habla.

—Que me deje V. M. estrechar su mano.

La emperatriz se la estrechó en medio de las aclamaciones mas entusiastas.

En Tolon hay un hombre que adora al emperador.

Deseando que S. M. reparase en él ¿qué dirán mis lectoras que hizo? Al pasar la imperial comitiva descargó una pistola.

Esta estraña ocurrencia alarmó al pronto como era natural, á todo el mundo; pero cuando se supo el motivo que la habia ocasionado, el entusiasta logró su objeto y la muchedumbre lanzó algunos *hurrah!* en su loor.

Como este acto fué una especie de locura, para no referirosle aisladamente, os daré cuenta de otro semejante.

El día 18 notaron los vecinos de la calle de Santa Ana, que en el hospital de dementes que allí existe habia fuego.

Acudieron las bombas y los trabajadores y con ellos la policía, y al tratar de apagar las llamas se presentó un hombre de edad que les dijo:

—Deteneos... no deshagais mi obra. Dejad que se incendie el techo: harto de ver que todas las casas están tapadas por arriba, he prendido fuego al techo para que al menos la mia esté descubierta.

El incendio se apagó fácilmente sin que ocasionara desgracias, y su autor fué conducido á Bicetre que es el Leganés de París.

Los teatros están muy animados, *La Pata de Cabra* en la Puerta de S. Martin, *El viage de Mr. Perrichon* en el Gimnasio, *La Gallina de los huevos de oro* en el Circo Imperial y los *Matrimonios de Amor* en el Odeon atraen un numeroso público todas las noches.

La ópera italiana comenzará en Octubre, Mario y la Penco nos harán pasar noches deliciosas de que os daré cuenta en mis artículos.

Para concluir os referiré una anécdota.

Un caballero entró á comprar en una librería la novela de Forneret *Caversa*, de la que segun anuncios, se habia hecho una segunda edicion.

El comprador queria un ejemplar de esta última.

—Caballero, le respondió el librero, lo siento mucho, pero la segunda edicion se ha agotado. Si V. quiere un ejemplar de la primera, le podré complacer.

JULIO.

ESCENAS MARITIMAS.

UN NAUFRAGIO EN ALTA MAR. (1)

III.

Cuatro dias despues de haber referido M. de Lionville la primera parte de su naufragio, el *Relámpago* continuaba sin novedad su viaje, siempre favorecido por la Monzon del S. E. y se hallaba á unos cinco grados al S. de la línea equinoccial.

El marino francés y su hija se habian restablecido completamente; y aunque iban desandando parte del camino recorrido, la esperanza de encontrar un buque que hiciese rumbo para los mares de Europa, no les habia abandonado un solo instante, y las gentes del bergantin español se esmeraban demasiado en hacerles agradable la estancia en el buque, para que estuviesen descontentos de su hospedaje.

Pero al paso que los dos náufragos iban recobrando la salud y la alegría, perdía gradualmente las suyas el jóven piloto del *Relámpago*.

Dotado de un alma noble y de un corazon sensible y entusiasta, los primeros dias que se siguieron al encuentro de la fragata abandonada, satisfecho con el placer de haber librado á los náufragos de una muerte segura, se dedicaba dia y noche á prodigarles con una ternura y una solicitud extrema, toda clase de auxilios y consuelos, sin experimentar otra sensación que la producida por el placer de ser útil á aquellos dos seres infortunados.

Pero la hija del capitán Lionville ocultaba bajo la palidez y el desórden que las penalidades habian impreso en su semblante, un tesoro inapreciable de gracias y hermosura, y en su corazon, casi marchito é insensible por la proximidad de la muerte, otro tesoro inagotable de sensibilidad y de ternura.

El segundo del bergantin descubrió poco á poco estas dos preciosidades que constituyen el bello ideal de la mujer, midió toda la extension de su riqueza y se desarrolló en su alma el deseo de poseerlas. Y este deseo, vago y hasta incomprensible para él en su nacimiento, fué tomando forma y creciendo y desarrollándose, como crecen y se desarrollan los huracanes en la inmediacion de los trópicos.

En vano llamó una y mil veces la razon en su auxilio; en vano se presentaron á su fogosa imaginacion imposibles difíciles de vencer; en vano comparaba la posicion brillante que aquella mujer encantadora ocupaba en el mundo con su modesta posicion: el hombre acostumbrado á luchar con la tormenta, á dominar los elementos desencadenados, á guiar su buque por entre las embravecidas olas, sonriendo de placer y de orgullo cuanto mayor era el peligro que se veia en la necesidad de arrostrar, no fué bastante á contener los progresos de la deshecha borrasca que azotaba su corazon y acibarraba su existencia.

(1) Véase el número 21.

La señorita de Lionville, primero por gratitud y después por un sentimiento extraño de que tampoco sabía darse cuenta en un principio, se mostraba cariñosa y amable hasta el extremo con el joven piloto, á quien ella y su anciano padre debían la vida y los intereses que constituían gran parte de su fortuna y que el marino español había sacado de las cámaras de la *Jóven Amalia* con peligro de su existencia.

Aquellos dos jóvenes, casi de una misma edad y ámbos favorecidos pródigamente por la naturaleza con dotes poco comunes físicas y morales, se veían á todas horas, subían sobre cubierta cogidos del brazo, cuando ella por su debilidad no podía sopor- tar los balances del buque, juntos contemplaban los magníficos espectáculos que presenta la naturaleza en medio de la inmensidad del Océano, y se trasmitían sus impresiones, y saboreaban la poesía y el encanto que la mano de Dios derrama sobre los mares. Y cuando trascurridos algunos días, pasaban algunos momentos sin verse y sin hablarse, se buscaban involuntariamente, como si una corriente magnética les atrajese, y concluyeron por experimentar una sensación desagradable, cada vez mas intensa cuando la noche ó las exigencias del servicio los separaban.

Después de alimentar y saborear en silencio por espacio de algunos días la pasión que había invadido á la vez sus tiernos y sensibles corazones, sus ojos se encontraron en la oscuridad de una noche apacible, se detuvieron un instante en dulce é inexplicable arrobamiento; se humedecieron á la vez, y cuando uno y otro leyeron en los espejos de sus almas el amor que las inflamaba, dirigieron al suelo sus miradas sin atreverse á romper el silencio.

¿Ni para qué romperlo, si se habían dicho ya cuanto tenían que decirse? si sabían ya cuanto les importaba saber?

El día á que en el principio de este capítulo nos referimos, se hallaban los dos amantes arriados á la borda de pasamanos, cerca de la entrada de la toldilla, contemplando la salida del sol, espectáculo lleno siempre de poesía, pero mas particularmente en alta mar, cuando los horizontes están limpios y las olas sosegadas.

Nadie había á sus inmediaciones que pudiese observarles ni distraerles de sus meditaciones. El padre de la joven no había salido aun de su camarote, la gente de popa dormía, y los marineros que se hallaban de cuarto conversaban y fumaban sus pipas en el castillo de proa, sin cuidarse de lo que pasaba al otro extremo del buque, por mas que su vista pudiese desde allí abarcarlo todo, sin faltar al respeto que debían á su segundo jefe, el mas querido para ellos de los oficiales del *Relámpago*.

Al destacarse todo el disco del sol sobre el horizonte, velado aun por una gasa color de fuego que perdía de brillo y de intensidad por instantes, los ojos de los jóvenes se encontraron por segunda vez, sus corazones palpitaron agitados por una emoción tiernísima, y el joven marino, por un movimiento involuntario cogió la mano de su querida, que esta le abandonó sin resistencia, la comprimió suave-

mente entre las suyas y la aplicó después á su corazón, como si quisiese hacerla tocar la violencia de sus palpitaciones.

—¡Cuánto os amo! exclamó no pudiendo contener su emoción.

Las mejillas de la joven se cubrieron de carmin, y sus ojos humedecidos por las lágrimas de placer y de ternura que aquella súbita declaración de amor le arrancaban, se clavaron en el escarceo de las corrientes que azotaban blandamente los costados del *Relámpago*.

—¿Y vos? preguntó el marino ciñendo la cintura de la joven.

Esta le contestó con una mirada mas expresiva que la misma afirmación.

—¿Y me amareis siempre? volvió á preguntar el piloto radiante de alegría.

—Siempre, siempre, balbuceó la señorita de Lionville mirando á su amante con una ternura inimitable.

—Oh! ¡gracias! ¡gracias!

Y el segundo del bergantín llevó delirante á sus labios aquella hermosa mano que no había soltado aun.

El tenue chasquido de un beso se perdió entre el crujir lastimero de los aparejos y el murmullo de las olas, ligeramente agitadas por la brisa de la mañana.

Ninguno de los individuos de la tripulación del *Relámpago* había presenciado de cerca aquel solemne juramento de amor, hecho en medio del Océano, en presencia del sol naciente y bajo la inmensidad del espacio sin límites que sirve de dosel á los mares.

Pero el anciano M. de Lionville que asomó su venerable rostro por la escotilla de la cámara en el momento en que el piloto cogía la mano de su hija, lo había visto y escuchado todo.

El marino francés se sonrió al verlos juntos, se detuvo en la escotilla por no interrumpir con su presencia aquel amoroso coloquio, y estuvo contemplando en silencio aquellos dos jóvenes que se hallaban á diez pasos sin sospechar siquiera que pudieran sorprenderlos, y sus ojos brillaron y se humedecieron á impulso de una satisfacción interior que no se cuidó de disimular.

La felicidad que los embargaba y el placer de haberse explicado tenían tan fuera de sí á los jóvenes, que no hallando palabras con que explicarse lo que sus almas enamoradas sentían en aquellos momentos, se entregaron á un silencio mucho mas elocuente de lo que ellos mismos se imaginaban.

Cuando el anciano creyó que debía poner fin al éxtasis amoroso de los dos jóvenes, ocultó su cabeza, produjo con los pies un ruido capaz de llamar la atención de los amantes, subió sobre cubierta y se acercó á ellos.

Tras él subieron el capitán y los demás individuos del equipaje que tenían su puesto á popa, y se les acercaron también felicitándoles por lo temprano que habían abandonado sus camarotes.

—¡Magnífico es el espectáculo que presentan

en este momento los horizontes! les dijo M. de Lionville. ¿Hace mucho que lo estais contemplando?

—Un momento no mas, le contestó el piloto algo desconcertado por el acento y las miradas del anciano.

—Pero bien aprovechado, repuso con dulzura el marino francés. ¿No es verdad, hija mia?

La jóven se ruborizó.

—Apostaria, continuó el anciano, mis tres galones de capitan de navío, contra unas charreteras de almirante, á que ni uno ni otro lo olvidareis en muchos años.

Los dos amantes se miraron á hurtadillas, sin atreverse empero á interpretar favorablemente el oculto sentido de aquellas palabras que les dieron á conocer desde luego que habia sido sorprendido su secreto.

—¿Verdad que no lo olvidareis? preguntó de nuevo M. de Lionville, como si experimentase un placer en prolongar la turbación de su hija y el embarazo de su jóven libertador.

El segundo del *Relámpago* sostenia en su interior una lucha terrible; queria romper el silencio, deseaba expresar al anciano marino todo el amor, toda la pasion irresistible que su hija le inspiraba; pero el temor á una repulsa que destruyese en un solo instante sus ilusiones y su esperanza, detuvo la palabra en sus labios.

Y era natural este temor.

La señorita de Lionville poseia, como hemos dicho ya, á mas de una hermosura sin igual y de un alma mas hermosa todavia, una fortuna muy considerable.

El marino francés habia trabajado sin descanso durante cincuenta años en asegurarse para la vejez una posicion desahogada é independiente, y cuando se vió padre de una criatura tan bella, redobló sus esfuerzos para ofrecerla un brillante porvenir cuando la dejase sola en el mundo.

Verdad es, que sin el arrojo y la prevision del piloto, aquella fortuna cuya mayor parte consistia en alhajas y numerario, se ocultaria entonces en el fondo del Océano entre los restos de la *Jóven Amalia*; pero esta idea no habia pasado por la mente del generoso marino español, que solo consideraba su accion como el cumplimiento de un deber sagrado de humanidad que otro cualquiera hubiese cumplido como él.

Despues de unos momentos de indecision, fijó anhelante sus ojos en los del anciano para leer en ellos el porvenir que le aguardaba, aunque sin fruto, y ya se hallaba casi decidido á creer que su declaracion de amor no habia sido escuchada mas que por el objeto de su cariño, y buscaba palabras con que satisfacer á su interlocutor, cuando la llegada del capitan vino á sacarle de situacion tan embarazosa.

—La mañana está magnífica, dijo el gefe del bergantin dirigiéndose á M. de Lionville, y convida á que tomemos el café sobre cubierta. ¿Os parece bien que lo mande servir debajo de la toldilla?

—Sí por cierto, amigos mios; sí por cierto.

El capitan dió las órdenes convenientes, y un momento despues dos pajes de cámara colocaban el servicio sobre la mesa, y el cocinero concluia de preparar el desayuno para la gente de popa.

A la voz de — está servido el café — dada por uno de los pajes, todos se dirigieron á la mesa. M. de Lionville ocupó la silla que el capitan le ofreció; el piloto colocó otra á la derecha del anciano para que se sentase la jóven francesa, y se disponia á ocupar el puesto que segun su rango á bordo le pertenecia, cuando el anciano, dirigiéndose al capitan:

—¿Permitireis, amigo mio, le dijo afectuosamente, que vuestro segundo se siente hoy á mi lado? Es un capricho que no dudo satisfacer.

El capitan dejó al piloto la silla colocada á la izquierda del anciano.

El jóven dió gracias á entrámbos por su galanteria, y en las furtivas miradas que los dos amantes se dirigieron, se descubria muy bien el placer que aquella deferencia les causaba, y que uno y otro la tenian como un pronóstico favorable á su amor.

Terminado el desayuno, el capitan del *Relámpago* se dirigió al marino francés, ofreciéndole como tenia de costumbre un cigarro puro y la mecha para que lo encendiese.

El anciano tomó la mecha y el cigarro, el capitan encendió despues el suyo, entregó la mecha á uno de los pajes, que fué ofreciendo á los demás por órden de sus respectivas categorías el fuego sagrado que se guarda y conserva en los buques con el mismo esmero con que lo guardaban y conservaban en el templo de Vesta las vírgenes consagradas al servicio de esta diosa.

—Ya recordareis, mi querido M. de Lionville, dijo el capitan ocupando de nuevo su asiento, que teneis contraida con nosotros una deuda, que ninguno, segun creo, está dispuesto á perdonaros.

—¿Una deuda? exclamó el anciano apoyando sus codos sobre la mesa.

—Habeis ofrecido referirnos, prosiguió el capitan, vuestra vida y vuestras angustias durante los últimos quince días que pasásteis á bordo de la *Jóven Amalia*, y nunca mejor que ahora....

—Con mucho gusto, mis queridos amigos, le interrumpió el anciano, son recuerdos muy tristes los que tendré que evocar; pero ellos harán resaltar mas y mas lo que debemos mi hija y yo á vuestros generosos esfuerzos, sin los cuales estaríamos en este momento sirviendo á los peces de pasto.

—Exagerais demasiado, le interrumpió el piloto ruborizándose, un sacrificio, que ni aun merece la pena de mencionarse. Nuestro deber...

—¡El deber!.... ¡el deber!.... exclamó el anciano moviendo tristemente la cabeza. Ya vereis, mi querido libertador, en el curso de los tristes sucesos que voy á referiros, que los deberes no se cumplen siempre, sobre todo si hay en cumplirlos algun peligro, y no se ven al rededor testigos presenciales que puedan acusarnos mañana ante la

humanidad ultrajada ó echarnos en cara nuestra falta.

—Por lo solo un cobarde miserable, repuso con noble energía el jóven piloto, puede abandonar en el peligro á sus semejantes, cuando está en su mano el salvarlos.

—Así es, hijo mio; y el marino marcó bien este dulce epíteto: pero habreis de convenir á pesar de todo, que no hay exageracion en calificar de noble y altamente generosa vuestra conducta y la de vuestros valientes camaradas.

—Dejemos este asunto, mi querido M. de Lionville, le interrumpió el capitán, y contadnos vuestros padecimientos que no debieron ser pocos.

El marino francés creyó que no debía insistir mas, y se dispuso á dar principio á su narracion en medio de un silencio solo interrumpido por el suave murmullo de las olas y el quejido de las velas al recibir á ráfagas la brisa que las impulsaba.

IV.

—Me seria imposible, amigos míos, principié diciendo el anciano; pintar con sus verdaderos colores el terror que se apoderó de mi alma, cuando despues de haber recorrido uno tras otro todos los camarotes de la fragata, me convencí de que me hallaba solo á bordo con mi hija y el fiel animal á quien debemos en parte nuestra salvacion, sin mas auxilio que la misericordia de Dios en medio de la inmensidad de los mares.

El huracan continuaba soplando con una violencia espantosa, y la *Jóven Amalia*, entregada á sí misma, sin gobierno, sin un palmo de trapo que la sujetase, era el juguete de los encontrados golpes de mar que la lanzaban cual lijera pelota de viento de una en otra cumbre, para precipitarla despues en profundas y espantosas simas que amenazaban tragársela por instantes.

(Se continuará.)

CRONICAS DE LA CORTE.

La verdad en su lugar.—*La embajada marroquí.*—*Su alojamiento.*—*Visitas y aficiones de los enviados.*—*Recibimiento solemne por S. M.*—*Regalos.*—*Apertura de los teatros.*—*Príncipe.*—*Zarzuela.*—*Circo.*—*Variedades.*—*Preparativos del Real.*—*Agonía del Circo de Price.*—*Viaje de la corte.*—*Campamento de Torrejon.*—*Las ferias de capa caída.*—*Bodas.*—*Salones.*—*Necrología.*—*Dos artículos inverosímiles.*

Debo comenzar esta crónica, amigas lectoras de LA MODA, rectificando á fuer de narrador verídico, una especie que emití el mes pasado. A saber que el poeta americano Sr. Losada iba á escribir un prólogo al último libro de la fecunda señora Sinués, *El Ángel del hogar*, siendo así, pues, que el trabajo de aquel escritor, aparecerá en la novela

OCTUBRE.

Fausta Sorel, que mi estimada colega de la literatura, anuncia; doy al César lo que es del César y despues de anhelar para la nueva publicacion gran cosecha de encomios y de suscripciones... paso á ocuparme de otro asunto.

Este se refiere á la estancia en la corte de la reina de Castilla, de aquella embajada que el emperador de Marruecos envió por estas tierras, y la cual ha pasado aquí *distraidamente* 23 dias, á contar desde el 22 de Agosto en que tomó posesion del palacio de Buenavista, hasta el 15 de Setiembre en que hizo su cuarto de conversion para Alicante y de allí á Tánger etc. etc.

¿Y para qué? preguntará tal vez alguna de mis curiosas lectoras; cuestion es esta á que la política no ha descornado el velo todavía, y no ha de ser FABIO, en verdad, quien se meta en camisa de once varas.

Diez y ocho moros, altos y bajos, gordos y flacos, señores y servidores, desde el scharfi, hasta el último mozo de caballos, con su variedad de trages, de aspectos y condiciones, componian la comitiva. Apenas habia uno de entre todos ellos, que se mostrara curioso y manifestando estrañeza de lo que veia en su derredor, ni de las atenciones de que eran objeto, ni que le diera un ardite, en fin, del bullicio de nuestra corte, de sus edificios y demás motivos de curiosidad, que á juzgar por los contrastes que su paso les debía ofrecer, parecia natural y lógico que les hubiera sacado de ese eterno *mareo ó letargo*, de esa *mona continua*, permítaseme la frase, con que se ven avasallados constantemente los hijos del profeta.

Las principales habitaciones del ministerio de la guerra, alhajadas, amuebladas, y adornadas con riqueza, esplendidez y gusto, sirvieron de aposento á los enviados del sultan. La sala de audiencia, el salon de generales, el despacho del ministro, y otros varios, en uno de los cuales se destacaba un retrato de cuerpo entero de Muley-el-Abbas, les dieron acogida, y nada, absolutamente nada de lo que pudiera apetecer el mas sibarítico europeo, faltaba allí para el uso doméstico. Ricas camas, colchones de seda, baños de piedra de mármol, lavabos, mesas de noche. La mezquita ó sala destinada al rezo cotidiano de los moros, grave y sencilla y sin adorno alguno; el comedor vasto y respondiendo á las exigencias del estómago mas exigente en perfiles, y los carneros gordos y sanos para que el Santon operára en ellos, y luego se repartiera una lonja á cada individuo.

Desde el primer dia establecióse allí guardia de honor con bandera; esta se relevaba por la mañana como en palacio, y los madrugadores sarracenos salian á los balcones á disfrutar de las armonías de las bandas de música, en tanto que un sin número de gentes les contemplaban con la curiosidad del que presencia un desconocido espectáculo.

La embajada que tambien habia venido á *echar una canita al aire*, se dió primeramente á las fiestas ecuestres del Circo de Price, y á las *soirées* de Herman. Ambos espectáculos sacaron de su in-

diferentismo, aunque por breves instantes, á aquellos fantasmas, que apiñados en un palco, hacian por entretener sus ocios. Las piruetas de los caballos adiestrados, llamaron especialmente su atencion. La prestidigitacion tambien les sacó alguna vez de sus casillas, y en sus atezados y graves semblantes se dibujaba alguna furtiva sonrisa, equivalente á una palmada ó á la mayor demostracion de agrado, que hubiera podido emplear un espectador inteligente. Los clowns, excitaron tambien la escondida hilaridad de los moros, y se darian, sin duda alguna, por muy satisfechos de su arte en hacer el oso, sometido á una prueba tan atrevida como era la de *movilizar* aquellos rostros de roca.

Las corridas de toros fueron presenciadas por los enviados. Los diestros les dirigieron sus brindis correspondientes, y algunas monedas de oro.... marroquí rodaron por la arena, recojiéndolas los agraciados, por aquello de que en el tomar no hay engaño. Tambien asistieron al teatro de la Zarzuela, visitando durante aquellos dias el Museo de ciencias naturales, la Academia de bellas artes, en cuyo departamento de antigüedades examinaron algunas inscripciones árabes, recuerdos de los moros granadinos, llamándoles la atencion por su rareza las divinidades chinas. En el colegio de San Carlos visitaron la biblioteca, la galería iconográfica, el gabinete de física, donde recibieron la sensacion de las chispas de la máquina eléctrica con cierto recelo y estupefaccion, y últimamente el gabinete anatómico, despidiéndose complacidos, no sin haber dejado como recuerdos sus arábigos nombres.

Tambien estuvieron en el museo anatómico del doctor Velasco, admiracion de propios y extraños; y en el gabinete ó estacion de telégrafos eléctricos, el dia en que visitaron al Sr. Ministro de la Gobernacion, en varias dependencias de la Real Casa, en otros edificios públicos; y últimamente en el palacio del Casino, morada del Infante D. Sebastian, donde ofrecieron sus homenajes á S. A.; y en el ministerio de Estado á hacer la visita oficial al Sr. Calderon Collantes.

A todas las correrías iban en grata compañía con los intérpretes, en dos carretelas descubiertas, precedidos de dos batidores y seguidos de una escolta; y sus blancas túnicas y alquiceles, así como sus turbantes y luengas barbas, eran objeto de las públicas miradas. El charfi, primer embajador, no asistió á la mayor parte de las excursiones porque casi todo el tiempo de su estancia en Madrid, padeció una calentura tenaz que le tenia postrado.

Llegó el dia de la recepcion oficial por nuestra soberana, y no os relataré, lectoras mías, todos los detalles de aquella ceremonia de corte, porque nada nuevo os podría añadir á las descripciones publicadas por la prensa y los correspondientes, que no se ven obligados como yo, á guardar sus noticias para los fines de los meses, en que se verifican los sucesos de que os doy cuenta. Abreviaré, pues, para no hacer lánguidos é interminables estos párrafos.

Al presentarse los embajadores en el suntuoso salon del trono donde se hallaba S. M. acompa-

ñada de su augusta esposa, de toda la real familia, excepto el infante D. Francisco, de la régia servidumbre, altos dignatarios del estado y cuerpo diplomático, resplandecia en el bello semblante de nuestra reina toda la magestad del gefe de un estado poderoso y que se hece respetar y se levanta para engrandecerse allí donde su derecho y su ofendido pabellon le llama. Vestia la reina un riquísimo traje de terciopelo carmesí adornado con finos encajes blancos, y pendia de su garganta un aderezo de brillantes que formaba juego con la preciosa corona que descansaba en sus sienes, el cinturón y los pendientes, joyas todas que representaban un valor de mas de cuarenta millones de reales. La corte habia desplegado asimismo un lujo deslumbrador. Anunciados los ilustres enviados y despues de haber aparecido aquellas impasibles figuras, que como por resorte hicieron sus usadas genuflexiones, el charfi pronunció un discurso en árabe, al que contestó S. M., poniendo aquel, acto continuo, en sus reales manos sus credenciales y la carta autógrafa de Mahomed, envuelta en una cubierta de terciopelo carmesí bordada de oro, de que era portador.

Los moros cruzaron algunas palabras con los reyes por medio de los intérpretes, besaron las manos al príncipe de Asturias y pasaron al salon donde se hallaban los regalos, y al cual SS. MM. se trasladaron tambien para verlos.

El Bennani dirigióse á la augusta Isabel, en castellano correcto é inteligible, ofreciéndole los presentes de su soberano que consistian en tres grandes cajas maqueadas, con tapetes, almohadones de terciopelo bordados de oro, y otras telas, además de los cuatro caballos berberiscos que se hallaban á las puertas de palacio en aquel instante; dos castaños, uno perlino oscuro y otro bayo, y en los que, á la verdad se fijaban las miradas de la multitud, sin duda con el empeño de admirarlos, habiendo defraudado los escuetos animalitos las esperanzas del público.

Terminada la ceremonia, los mauritanos tornaron á su palacio con la solemnidad con que habian salido de él, y un gentío inmenso llenaba los sitios por donde atravesó la comitiva.

Parece que la reina ha dispuesto que el pintor D. Luis Madrazo se encargue de perpetuar la visita de los marroquíes ante la corte de la soberana en un cuadro histórico.

Despues la embajada asistió á las maniobras de la artillería, verificadas en la dehesa de los Carabanchales, y el dia antes de partir á una comida de campo con que fué obsequiada, en la pintoresca alameda del duque de Osuna, por el Sr. Ministro de Estado, y en cuya fiesta campestre estuvieron algunos ministros, directores de las armas, autoridades de Madrid y altos funcionarios.

La beneficencia ha debido á la caridad de los marroquíes la suma de 38.000 reales, como recuerdo de su presencia en Madrid.

Finalmente; he aquí los regalos que los moros viajeros han recibido del gobierno español:

Para el emperador: un sable de valor de 28,000

rs., hoja damasquina, con puño de oro macizo, de 22 quilates; y abrazaderas y adornos de este metal en la vaina que es de concha; un juego de café de plata; una escribanía de id.; dos candelabros id.; un reloj de oro y cadena de id.; y una guma-puñal con mango de hierro cincelado.

Para Muley-el-Abbas: otro sable, valor de 22,000 rs., otro juego de café, mas pequeño; escribanía, reloj y puñal.

A los embajadores, almuerzo de plata, sable, reloj y puñal, y á los secretarios iguales objetos, pero de menos valor: varias cajas de sederías para el emperador, el príncipe y la embajada, y otros regalos de no tanta importancia para la servidumbre, algunos de ellos en metálico.

Llegó el momento de la apertura de los teatros y segun los indicios, para alivio de esta civilizada institución, el género zarzuelístico prepondera este año sobre las compañías de verso.

La empresa de Salas y la otra en el Circo, formada segun tengo dicho á mis bellas lectoras, de cantantes, en disidencia con aquella, han dado principio á sus trabajos. Los arregladores de far-sas cantables, cuya mayor parte estragan el gusto del público, están de enhorabuena.

El género neutro de la literatura avanza á pasos agigantados pretendiendo herir de muerte al verdadero teatro español: ¿lo conseguirá?... Esperemos.

La empresa del teatro del Príncipe habrá elegido para dar comienzo á sus tareas, el drama original en tres actos y en verso titulado *El Monarca cenobita*, cuyo autor es D. Juan Miguel de Losada; director que fué del periódico *La Monarquía* el mas conocido por sus trabajos políticos, que como poeta, sentido, elevado y correcto.

La obra del Sr. Losada, á pesar de la inesperienza con que estaba presentada y de la debilidad de su enlace, no merecia en verdad la efímera existencia á que el público la condenó. A vuelta de una versificación nutrida sonora y en muchas de sus escenas filosófica y profunda, contaba el *Monarca cenobita*, con el carácter de su protagonista hábilmente trazado, con algunos rasgos enérgicos y de efecto, y sobre todo con la conciencia del trabajo y del estudio. No habia en ella, pues, detalles repugnantes que rechazar, inverosimilitudes que la afearan, ni lunares de bulto; en cambio contaba con bellezas notables, y sin embargo de estas condiciones y del cuidado é inteligencia con que fué interpretada por Teodora y el jóven director Delgado, que fué aplaudido con mucha justicia, el teatro del Príncipe estaba poco menos que desierto á la cuarta representación.—Dios se lo tome en cuenta al público de Madrid que prefiere el género zarzuelístico á las obras de arte y de estudio, siquiera no sean estas todo lo levantadas que fuera de desear, lo cual no querrá decir, que se deba dar el derecho de supremacía á ciertos engendros mal avenidos con sentido comun y hasta con la moral. El Sr. Losada, no obstante, debe trabajar con empeño, pues que descubre dotes apreciables para la literatura dramática.

Despues ha dado este teatro, un arreglo en tres actos de D. Juan Belza, que lleva por título *Lo que se vé y lo que no se vé*, y otro del Sr. Larra, denominado *Un drama de familia*; la primera de estas obras, es una comedia de sentimiento, escasa en accion pero rica en detalles y en la cual resaltan rasgos y caracteres interesantes; la segunda, un drama de costumbres, deshilvanado y francés hasta la médula del hueso, pero muy superior á una infinidad de abortos que por acá se han exhibido, puesto que resplandece en él, un fin altamente moral y contiene situaciones bien presentadas. A pesar de esto tampoco ha respondido á las esperanzas de la empresa, la cual merece elogios, por la actividad con que presenta nuevos trabajos deseados de complacer al retraido público.

Ultimamente ha vuelto á aparecer Teodora en *La campana de la Almudaina*, acompañándola esta vez Delgado en el papel de Gelabert de Centellas. El recuerdo de Valero en el mismo era difícil de borrar, y sin que yo pretenda afirmar que esto se ha verificado, creo que el jóven actor ha tenido momentos de inspiración á la altura de su difícil cometido.

En dos agradables piezas se ha aplaudido mucho á Mariano Fernandez: *Bodas ocultas* y *Achaques matrimoniales*.

La empresa preparaba un drama del Sr. Diaz titulado, *Luz en la sombra*, y este ha sido prohibido por el Sr. censor de teatros. En breve se representará la comedia *La torre de Babel*, del autor cómico Sr. Santisteban, *La escuela del escándalo*, arreglo del Sr. Galvez Armandi, y *El sol de invierno*, comedia del Sr. Marco.

El teatro de la Zarzuela inauguró la temporada con una de los Sres. Rivera y Cepeda y cuyo título es, *Los piratas*. Este enmarañado libreto contiene escenas de efecto y brochazos oportunos, y en lo general se halla bien versificado. La música vulgar, excepto un duo del tercer acto que era la pieza sobresaliente. Pasó y nada mas; y despues se han puesto allí en escena un arreglo de D. Ricardo Vega, hijo del conocido autor de este apellido, titulado, *Una comida de campo*, con música del Sr. Martin, y cuya obra se hundió la primera noche para no resucitar jamás; y el segundo pasillo filosófico de D. Narciso Serra, oficial del Ministerio de la Gobernacion y director de escena de la compañía del Circo y que lleva el festivo nombre de *Nadie se muere hasta que Dios quiere*. El último libreto del Sr. Serra, salvo la opinion de algunos críticos ilustrados, le parece á FABIO inferior al de *El último mono* del mismo autor. Contiene este muchos y repetidos chistes de buena ley y esa *difícil facilidad* en el diálogo, que caracterizan á este poeta; pero al par de estas circunstancias resaltan en el pasillo algunas vulgaridades, de menos efecto en otros labios que en los de Caltañazor, y su idea no puede amoldarse al género cómico por su índole grave y resbaladiza. Ridiculizar el suicidio es pensamiento algo atrevido, y no se lleva á cabo con éxito á no contar con esa atmósfera que se ha creado en Madrid el Sr. Serra, en fuerza de sorprender

con agudezas el ánimo de los espectadores que no meditan ni observan juzgando solo por las impresiones del momento. La señora Ramos y el Sr. Caltañazor fueron los héroes de esta pieza *que dará dinero porque hace reír*.

Después nos ha dado el mismo teatro *La Hija del regimiento*, preciosa ópera, cuya música es del gran Donizzetti, arreglada antes del francés al italiano, y hoy acomodada á nuestra escena con tino y espontánea versificación por D. Emilio Alvarez. Muchas y excelentes entradas ha proporcionado esta obra al coliseo de la calle de Jovellanos, y muchas mas dará, con justicia, porque además de sus delicadas y originalísimas piezas musicales, cuenta hoy con el atractivo de la ejecución que es admirable por parte de la Sra. Ramos, cuya voz, inteligencia y desenvoltura premia el público colmándola de aplausos, acompañándola dignamente el Sr. Salas, resucitado para volver á sus mejores glorias de cantante, en el papel del sarjento Sulpicio, que desempeña con mucha gracia y maestría.

La empresa prepara nuevas obras, entre ellas *El Agente de matrimonios*, de Ayala y Arrieta; *Gil Blas de Santillana*, de Escrich y Manzoki; *El Veterano*, de Pina y Vazquez; otra en tres actos, arreglo de Picon, música del mismo Vazquez, *La Hija del pueblo*, de Gastambide y Alvarez; *La Reina Topacio*, de Palacios; y *La Red de flores*, de Martinez Pedrosa, música las dos de Fernandez Caballero; *El Tambor*, de Alvarez y Hernando, y algunas otras que no recuerdo.

Vamos ahora al Circo de la plaza del Rey. Este dió principio á sus tareas con la joya musical de Arrieta, *Marina*. Su desempeño fué acertado y aplaudidos con justicia los cantantes, entre ellos el barítono Sr. Cresej, que reúne condiciones muy estimables. Después se ha cantado en este coliseo la zarzuela *Campanone*, título que ha sustituido al del libreto italiano *La prova d'un opera seria*, y cuyo arreglo es debido á los Sres. Rivera y Frontaura. El éxito ha sido satisfactorio, sobresaliendo en la ejecución la distinguida Sra. Santa María, que es uno de los cimientos en que se sostiene la compañía. Su cuadro es igual, y los deseos de los artistas que la forman se aunan por satisfacer las exigencias del público. ¿Podrán, no obstante, sostenerse dos teatros de zarzuela en Madrid? Repito... esperemos.

En este segundo teatro lírico-español se representarán las zarzuelas *La pupila*, *El desertor*, *La corona del martirio*, *Los planes del diablo*, de magia, música de Rovira; *Doña Mariquita*, que escribe Frontaura; *La cruz del valle*, arreglo de Becker; y *Luz y sombra*, original de Serra.

Al teatro de Variedades, donde celebra sus funciones la compañía francesa, ha ido á guarecerse el primer actor Arjona, acompañado de las Sras. Rodriguez y Tenorio, y otras mas, inútiles ó desconocidas, y del apreciable galán Tamayo y otros mas desconocidos ó inútiles, quedándole á aquel casi aislado primer actor, para suplir los desperfectos y debilidad de su cuadro de actores, el recurso de la compañía de baile de Ruiz, á cuya cabeza figura

la linda Conchita y la desenuadernada, pero inteligente Lola, hijas del referido bailarín.

Abrió sus puertas este pequeño coliseo en la noche del 29, estrenándose una comedia de D. Javier Ramirez, autor del *Viaje aereostático*, zarzuela desgraciada, y su última obra no *ha gustado á los señores*, á mi modo de ver con razon, por lo incoherente, mal enlazada, falta de argumento y trivial. Arjona representaba un galán joven y dicho se está, que no podía salir airoso, porque sabido es que en esta clase de papeles se halla este distinguido actor á poca altura.

Lamento, pues, que esta compañía haya comenzado con tan mala estrella. Veremos si con el apoyo de los autores, saca fuerzas de flaqueza.

El regio teatro comienza su temporada el 2 de Octubre con *Las vísperas sicilianas*, siguiendo después *Lucia*, *Lucrecia*, *Sonámbula*, el *Baile de máscaras*, *Simon Bocanegra* y probablemente *Pedro de Médicis*, también nueva y cuyo compositor es el príncipe ruso Poniatowski, que segun se dice, vendrá á presenciar el estreno.

El circo de Price agoniza y en él han lucido su flexibilidad los clowns americanos Binion y Fuller, que danzan y ejecutan posiciones difícilísimas tocando al mismo tiempo primorosamente el violín. También ha vuelto á aparecer en la arena el famoso Franc-Pastor, pero las noches están frescas, el circo retirado y la gente igualmente retirada.

He aquí el estado actual de los espectáculos públicos en la coronada, bellas lectoras; me he detenido en daros noticias acerca de ellos, porque las juzgo oportunas en la época presente que es cuando comienza á subir el termómetro teatral.

Del viaje de la corte, nada os diré, porque mis partes telegráficos se retrasan que es un primor. Tal vez algunas de vosotras podriais enmendarme la plana acerca de la exactitud de mis noticias, y como quiera que mis observaciones y escuñamientos jamás trasponen las tapias de la ronda de Madrid, me ajusto á mis deberes y suprimo hechos cuyo relato no me corresponde. En estas mismas razones me fundo para permanecer en silencio, acerca del establecimiento del campamento militar de Torrejon. De la animación que presenta, de lo favorecido que se ha la diariamente por las escursiones de recreo que hacen los vecinos de Madrid, etc. etc.

Ahora trasladémonos, aunque de paso, porque el asunto da poco de sí, al paseo de Atocha, en donde por orden superior se celebra hace dos años ó tres, lo que en otros tiempos se llamaba *Las ferias de Madrid*, acontecimiento que por espacio de muchos otoños, ha prestado materia á millares de plumas, desde la donosa del Curioso parlante, hasta la del último escritor de costumbres, las cuales han descrito los mil y un tenderetes que en las plazas y calles de la capital se hallaban esparcidos, y que hoy tocan retirada hácia las afueras de la corte, ni mas ni menos que si huyeran avergonzados de su propia ignominia.

LITERATURA.

Breves estudios sobre la novela actual.

La novela es el amigo mas íntimo y mas familiar de la casa; es el duende doméstico que habita en los cajones de la cómoda de la señorita; es el perrito faldero que surge de la canastilla de su costura, que se acuesta sobre su falda, que allí se duerme. Si pues este libro vive con nosotros ó con nuestras familias en union tan estrecha, natural es el temer que algo se nos pegue de sus ideas y de sus costumbres, puesto que las tiene, y puesto que no se contenta con tenerlas, sino que tiende á propagarlas por efecto de su misma índole. Siendo esto así, gran precaucion importa usar para darle libre entrada en lo íntimo de nuestra sociedad doméstica, porque seduce y fascina frecuentemente, y porque al presentarse como un inocente solaz, como un mero pasatiempo, nadie desconfia del libro: su veneno, si es que lo tiene, se aspira tan dulcemente que no se echa de ver siquiera. Solo la sociedad, al ajustar su cuenta con sus individuos, es la que nota los efectos, por cierto bien tristes, de aquellas impremeditadas lecturas.

Ya se comprende que nosotros no medimos todas las novelas contemporáneas por un mismo rasero. Esto fuera injustísimo á todas luces; esto fuera desconocer los grandes servicios que á la moral prestan tantos y tantos novelistas, entre los que, como ya otras veces llevamos dicho, tiene una numerosa y brillante representacion el bello sexo de nuestra patria. No es eso: en esto, como en todo, fuerza es admitir bueno y malo; fuerza es admitir, bajo el punto de vista de su influencia en las costumbres, novelas inocentes y hasta de útil enseñanza, y novelas que en lo mas ó menos de lo nocivo recorren todos los grados de la escala, produciendo en quien las lee, desde el simple rubor hasta la perturbacion absoluta de todo sentimiento moral.

Aun en este segundo caso, tampoco tachamos á los autores todos de igualmente culpables, pues aunque es cierto que hay de ellos quienes en la subversion de los principios en que reposa la actual organizacion social ven el objeto á que con tenacidad aspiran, tambien los hay que deseando solo hacer interesantes sus narraciones, ofrecen, aunque sin intencion dañada, ejemplos perniciosos, y ponen de manifiesto caracteres á primera vista deslumbrantes, pero que analizados concienzudamente solo dejan descubrir en el fondo miseria y vicio.

Con el fin de concretarnos á algun ejemplo que nos dé medios para esplicar nuestro pensamiento, elegiremos la novela que quizá hoy alcanza mayor lectura, y aun quizá mayor interés en ese mundo que lee novelas. Hablamos de *La dama de las camelias*, de Alejandro Dumas (hijo); celebridad que sea dicho en justicia, la debe en gran parte al drama del mismo nombre y del mismo autor, no menos que á su transformacion en ópera bajo el título de *La Traviata*. Merced á este conjunto de cir-

Quiero decir algo de bodas. SS. AA. los infantes D. Sebastian y Doña Cristina se enlazarán en cuanto regresen á Madrid SS. MM. Ya se halla revocada y restaurada la antigua casa de cristales en la calle de Alcalá, propiedad de la real Casa, y que han de habitar los augustos desposados. Regalos dignos de un príncipe prepara el infante para la ilustre novia.

Háse hablado, y con fundamento, del matrimonio de la bella condesa viuda de Armildez de Toledo, cuyo esposo falleció loco en París, con el distinguido marqués de Bedmar, que perdió á su señora hace bastante tiempo, en Italia, la que fué víctima de la tísis. Ambos personajes se encuentran hoy en la capital de Francia.

Tambien se susurra el casamiento de la hija del general Van-Halen, actual condesa de Peracamps, con un oficial del cuerpo de artillería.

Los salones aristocráticos continúan cerrados; hasta que los vientos del Guadarrama no soplen con mas fuerza y empuñe el cetro el rígido invierno, no es de presumir que se renueven los bailes, los thes y los chocolates.

Parece que los jóvenes duques de Medinaceli darán entrada al fin este año en sus magníficos salones á la nata y flor de la sociedad elegante y aristocrática de Madrid, con suntuosas fiestas.

La señora de Riquelme se propone igualmente recrear á sus amigos, repitiendo en su elegante casa las *soirees* con que anteriormente ha atraído á la gente *comm'il faut*.

Escusado es añadir que la bella mansion de la Sra. condesa del Montijo permanecerá hogaño cerrada á piedra y lodo, con el triste motivo de la temprana muerte de su malograda hija la duquesita de Alba, que ha dejado de existir recientemente en París á los 35 años de edad y cuando la sonreían la fortuna y los placeres de la tierra.

Que Dios haya recogido el último suspiro de la Duquesa de Alba!

A propósito de esta desgracia; el Sr. Navarrete (Pedro Fernandez) ha publicado en *La Epoca* un artículo necrológico, del cual yo me hubiera arrepentido de ser autor por sus formas abigarradas y su fondo frívolo é inconveniente.

El Sr. Selgas en otro artículo que ha visto la luz en *La América*, censura severamente, y no sin falta de razon, la tendencia del artículo de Pedro Fernandez.

A mi ver ámbos han pecado de indiscretos, y el último, pudiera muy bien haber suprimido su sátira, para evitar á los curiosos el triste placer de ocuparse en la lectura del inalficible trabajo de Pedro Fernandez.

Nada mas por este mes, bellas lectoras.

FABIO.

cunstancias, la dicha *dama de las camelias*, ha dejado fama póstuma; cosa de que debió de estar muy agena en vida, si es que en efecto vivió, según afirma su historiógrafo.

Pero ¿qué es este Dumas (hijo)? ¿Qué es esta novela?

Dumas es un joven de gran talento: eso es indisputable. Aventuraremos aun algo. Dumas, en nuestro entender, considerado dentro del círculo de donde todavía no ha querido salir, vale más que su padre. Cuando se lance á la novela histórica podremos comparar á ámbos de un modo absoluto; pero en la novela de costumbres sostenemos nuestro juicio. Proclama que no pretende ser el encomiador del vicio, y nosotros lo creemos también; pero al abrir sus ojos á la sociedad y á la literatura, ha hallado en la primera robustas y arraigadas ya ciertas costumbres de perversión, y aunque no las adula ni siquiera las disculpa, se ve forzado á transigir hasta cierto punto con su existencia; bien así como en la segunda ha hallado una libertad degenerada en licencia, y un colorido cuya viveza no puede ser soportada fácilmente sino por ojos acostumbrados á ver toda clase de escenas y á recibir toda clase de impresiones.

El joven Dumas ha nacido en esa atmósfera, y no puede impresionarlo; pero hay en él una delicadeza de instinto tal, que no creemos aventurar mucho si decimos que cuando llegue, como ha de llegar muy probablemente para él, el día en que la fuerza de su talento le lleve á trazarse un camino, antes por otro no trillado, ese camino en nada ha de recordar este otro que en sus producciones primeras ha seguido; entiéndase, respecto á tendencias sociales; porque las faltas que en semejante punto podemos señalarle, no son ciertamente hijas de la mala fé ni de la conculcación á sabiendas de los principios religiosos.

La novela que hemos tomado por tipo es harto conocida, no tanto acaso en sí misma, cuanto por haber servido de fundamento, según llevamos dicho, á un drama, traducido en todos los idiomas, y á una ópera cantada en todos los teatros.

La *dama de las camelias* es la exhibición de una cloaca social atestada de inmudicia y cubierta con un tapiz de oro. Es la pintura de la depravación y del cinismo que se cobijan entre los pliegues del suntuoso manto que ostenta la gran capital de la moderna Europa. Es la manifestación íntima de la vida de esa clase de mujeres, oprobio de la verdadera civilización como de la verdadera moral, que sin otras rentas que las que les produce el infame tráfico de sus personas, ostentan una opulencia escandalosa, insultan con su lujo á la pobreza honrada y á la honrada medianía, y hasta insolentemente se lanzan á competir con todas las aristocracias, con todas las gerarquías, con todas las eminencias sociales.

Esta clase, á juzgar por lo que de ella se ha escrito, tiene en Francia una existencia, no solo reconocida y aceptada, sino hasta con cierta especie de derechos sancionados por la costumbre. Tales gentes no son recibidas en las casas de las grandes

damas, por ejemplo; pero los hijos, pero los hermanos de estas grandes damas no tienen el más mínimo inconveniente en presentarse públicamente en los palcos de esas indecentes mujeres y en acompañarlas hasta sus coches y en sus coches. Semejante desenfado no impide el que la alta sociedad abra de par en par sus puertas á los que tal gentuza frecuentan, y el joven de una gran casa ofrece á una duquesa el mismo brazo que acaba de soltar la más asquerosa y corrompida cortesana.

La que en *La Traviata* hemos conocido bajo el nombre de *Violeta*, nombre muy sudorífico, se llama en la novela *Margarita Gautier*. Es una joven muy flaca, como que está tísica á consecuencia de los excesos propios de su carrera; pero que á pesar de todo gana al año en su honrosa profesión veinte mil duros, y se entrapa casi en otros tantos. Los traficantes en este género de comercio la encuentran encantadora á pesar de sus averías, de su tos perruna, de su fiebre y de sus esputos de sangre: sus encomiadores hallan en ella hasta pudor algunas veces, lo cual no puede provenir sino de cierta ilusión óptica. ¡Qué corazón aquel! ¡Qué sentimientos tan sublimes! ¡Oh, si la educación hubiese guiado los instintos de aquella alma tan noble! Esto se dice; esto se imprime.

Semejante naturaleza excepcional debería ser purificada por el amor. Sistema homeopático. *Similia similibus*.

En efecto, un pobreton llamado Mr. Duval la solicita. Aquí está ya el amor. Ella al cabo lo acepta; pero bajo la condición de que se contente con las migajas que los demás amantes dejen caer de su mesa. El trato está hecho, y Mr. Duval se ve frecuentemente obligado á retirarse de la puerta de su amada, porque ella da en aquel momento audiencia á otro prójimo que paga. Bien dicen que el amor purifica los sentimientos humanos. Ya vamos viendo aquí sus primeros efectos.

Pero tanto gruñe el amante y tanto aquejan á Margarita sus propios alifafes, que resuelven irse ámbos al campo á veranear; lo cual hace notable mella en su bolsa, que ahora no hay quien provea. La arranguera comienza á agitar sus alas de buho sobre la mansión campestre donde se anida el amor más casto. En esto el padre de Duval llega á París, noticioso de las travesurillas de su niño; porque después de todos los despueses, este es además jugador por causa de Margarita. Las virtudes todas se enlazan.

El tal padre habla gordo á la amante y le hace ver el abismo á donde lleva á su hijo. Aquí de la abnegación sublime: el autor se extasia: las lectoras lloriquean, Margarita salva á su amante. ¿Y cómo? Dejándolo por un conde muy rico que le paga sus deudas, le desempeña sus alhajas y rescata sus carruajes y caballos. ¡Sacrificio inmenso, y del cual solo es capaz un alma excepcional como la de Margarita!

Pero los tísicos se mueren al cabo, y la *dama de las camelias* se muere como pudiera hacerlo una persona honrada. Entiéndase que se muere de tisis y no de amor. No hay aquí expiación de ninguna especie; no hay redención de las faltas de su

vida por la pureza de un sentimiento; nada: no hay mas que una tísia adquirida ó al menos exacerbada por los excesos de una vida de disipacion y de inmundicia.

Tal es la heroína, y el cuadro que nos ofrece esta novela. De él pueden juzgar todos. Ahora, que cada cual en conciencia vea si se atreve á poner semejante libro en manos de sus hijas.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

La bellísima novela *El ángel del hogar*, original de nuestra distinguida colaboradora Doña María del Pilar Sinués de Marco, debió llevar un prólogo escrito por la muy competente pluma del Sr. Losada; pero una vez publicada ya esta obra no pudo tener lugar para ella la agradable oferta. Sin embargo, dicho señor la ha ratificado para *Fausta Sorel*, en cuya produccion esperamos leer el prólogo de que nos defraudó la circunstancia arriba expuesta.

MODAS DE PARIS.

Las telas de fantasía de colores oscuros y la seda comienzan á suceder á los tegidos diáfanos y ligeros.

Ved aquí lo que aun estará de moda.

Los tafetanes sembrados de ramos; los de rayas, á cuadros, lisos, chinés, y otros géneros creados por el capricho. Despues, los terciopelos de lana, acanalados ó á cuadros; los terciopelos espolinados, los Pompadour, los gros de lana, alpacas inglesas, popelinas de Lion. Ya volveremos á ocuparnos de estas cosas; todas las novedades no están aun en evidencia.

Iba á olvidar los muarés franceses, lisos y rayados, que gozarán de un gran favor para equipos de vestir.

Se hacen en este momento muchos trages de tafetan violeta y malva, y de tafetan negro y violeta. Estos dos colores se alternan en el número de los volantes ó de las tiras que guarnecen la falda: si se quiere, se puede solamente orlar los volantes con un color que resalte.

Entre nuestras primeras casas de costura se cita siempre la de Mme. Royer, cuyos modelos tienen una distincion excepcional. Mme. Roger ha despachado para las provincias bellísimos equipos, con ocasion de las fiestas que tienen lugar en las ciudades por donde pasa el séquito imperial.

Citaré lo que he visto.

Para baile, un traje de tarlatana rosa. En la falda quince volantes Pompadour entubados. Cor-

piño liso, adornado por una berta cruzada guarnecida de volantes. Mangas huecas.

Prendido de lilas blanco, y rosas sin follage.

Delante del corpiño habia un ramo semejante, y otros en cada hombro.

Trage de seda granadina azul y blanca. Nagua con bullones hasta la rodilla. Entre cada bullon una colmenilla de cinta azul lisa.

Corpiño á paños y de punta. Mangas tambien á paños y atravesadas de colmenillas puestas al sesgo.

Este traje, para una mujer muy jóven, estaba adorable de fresca y de buen gusto.

El prendido se componía de una guirnalda de margaritas rosas, mezcladas de reseda.

Iguales flores en el corpiño y en las mangas.

Otro.—Trage de tul blanco de dos faldas sobre raso.

En lo bajo de la primera falda, cinco volantes de tul, ribeteados de cinta de raso blanco n.º 1. La segunda falda formaba paños por cada lado, y estaba sujeta con ramos de rosas y de volúbilis mezcladas.

Corpiño liso, en punta, á paños. Al rededor de la escotadura, cordones de capullos de rosas y volúbilis. Hombreras de las mismas flores.

Por prendido, guirnalda de rosas y de volúbilis.

Otro traje elegante de ciudad. De muaré francés con rayas blancas y azul de Prusia. Las primeras estaban sembradas de florecillas Pompadour rosa. Nagua lisa.

Corpiño montante por detrás, escotado cuadradamente por delante, á la Rafael. Mangas anchas plegadas por arriba, y adornadas de una colmenilla de tafetan azul de Prusia liso. Esta se repite al rededor de la escotadura del corpiño.

¡Qué de lindos modelos Mme. Alexandrine acaba de crear para el otoño? Renuncio á hacer de ellos la descripcion exacta, porque eso fuera imposible; pero voy á reseñarlos sumariamente algunos.

Primer modelo: Sombrero de tafetan verde de dos matices, ilustrado con encaje y plumas negras.

Segundo modelo: Sombrero de crespon blanco, adornado de blonda blanca. El ala está atravesada por unos paños de terciopelo verde-claro. A la izquierda pluma blanca *sauce*.

Tercer modelo: Sombrero de crespon rosa y tafetan. El fondo está á tiras de tafetan rosa, orladas de blonda. Por adorno plumas rosa.

He hablado otra vez de los nuevos modelos de confecciones. El género paletot es decididamente el que con mas generalidad será adoptado. Se los hará de seda acolchada ó en paño *articulado*.

Un modelo de este mismo paño, de color negro, era así:

Pelerina redonda; mangas de codo, con paramentos guarnecidos de tres sesgos de gros.

Se harán tambien chaquetitas zuavas de tafetan, acolchadas y picadas con seda de color.

Para *negligé*, señalaré los trages de corpiño-basquiña. Estos corpiños figuran una especie de chaleco vuelto, y tiene á cada lado una faltriquerilla.

Todas las costuras se dibujan por un respunte de color que resalte.

En el momento de terminar este artículo, recibo una nota de Mr. Leroy, peluquero de la Emperatriz, y voy á daros el pormenor de los equipos que S. M. llevaba en Grenoble y en Marsella. Copio textualmente un extracto de su segunda carta.

"En el baile de Grenoble, S. M. la Emperatriz llevaba un traje de tul blanco, con volantes iguales, cubierto por una túnica de blonda recogida por cuatro ramos de lilas. Las hombreras guarnecidas de lo mismo, con herretes de diamantes. Adorno semejante al rededor de la escotadura del corpiño.

"He hecho esta noche á S. M. un peinado como el que llevaba la reina Berta. S. M. el Emperador se ha dignado complimentarme por ello.

"En el baile de Marsella, la Emperatriz llevaba un traje sembrado de lantejuelas de plata, y recogido á la *María Antonieta* por dos ramos de rosas.

"Las mangas y el corpiño estaban cubiertos de diamantes.

"El peinado de S. M. se componia de una guirnalda de hojas de diamantes montadas sobre un bandó de terciopelo. Añadid á esto herretes de diamantes cojidos en los bandós, y cayendo como estalactitas al rededor de la cabeza."

Nada me resta que deciros concerniente á las modas de la estacion. Poco á poco aparecerán las novedades, y con la fidelidad que acostumbro os tendré siempre al corriente de todo.

MME. JULIETTE LORMEAU.

EXPLICACION DEL FIGURIN DE SEÑORAS.

PRIMER FIGURIN.

Vestido de gró liso verde esmeralda con siete volantes en la enagua, y el último con cabecilla, ribeteados todos de terciopelo negro: monillo alto abotonado y cintura redonda: mangas formadas de un buche y cuatro volantes: manguitos de tul liso: cinturón duquesa, de terciopelo negro: pequeño cuello vuelto de muselina bordada. Toquillon de encaje negro. Sombrero *bolero* de paja de Italia con el ala forrada de terciopelo negro y adornado de una gran pluma blanca. Guantes de seda.

SEGUNDO FIGURIN.

Vestido y *pardessus* de organdí salpicado de flores lila y adornado con pliegues, debajo de los cuales pasa una cinta del mismo color. Enagua blanca *Pompadour* guarnecida de tres volantes de mu-

selina lisa con cabecillas. Camisolin alto. Sombrero de gró blanco con adornos de margaritas lila y yerbas: rostrillo de blonda blanca: cabos anchos. Sombrilla marquesa. Brazaletes de camafeos. Guantes paja.

SUMARIO.—GALERÍA DE MUJERES CÉLEBRES, por la Sra. Doña María del Pilar Sinués de Marco.—UN VIAJE REDONDO, por D. Baldomero Menendez.—A SEÑOR NECIO CRIADOS BRUTOS, por D. Manuel Torrijos.—JÁCARA, por D. Maximino Carrillo de Albornoz.—EL CLAVEL DE LA ASCENSION, por D. Victoriano Martinez Muller.—EL CIPRES DE LA SULTANA, por D. Juan Miguel de Arrambide.—LA NIÑA SE MUERE, por D. J. L.—COSTUMBRES ORIENTALES: UN BANQUETE MARONITA, por D. B. del Barco.—SALONES DE PARÍS, por Julio.—ESCENAS MARÍTIMAS, por D. Baldomero Menendez.—CRÓNICAS DE LA CÔRTE, por Fabio.—LITERATURA, por D. Francisco Flores Arenas.—NOTA.—MODAS DE PARÍS, por Mme. Juliette Lormeau.—EXPLICACION DEL FIGURIN DE SEÑORAS.—GEROGLÍFICO.

LAMINAS.—Grabado en acero.—Figurin de trajes para Señora.—Hoja doble de patrones para bordados.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

Las comedias nos enseñan las flaquezas humanas.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.





La reproduction est interdite.

278

LA MODA Cadiz

Ayuntamiento de Madrid 1860



A
Este
ningos.
repartir

SUMA
co F
en al
RÍTIC
GLÍF

PR

Hán
Cádiz
las del
dientes
túa el
gida y
la mar
mo viv
tumace

Per
sucede
compa
podrá s
una so
y men
me por
terios
solo ju
guiada

Aho
Peruzz
tituye
tomar
sada p
papel c
nueva
vemen

Esta
y no fu
le es da
dio. Un
sana, y
cuando